EL HOMBRE DE LA PAMPA

Jules Supervielle



bolsilibros ARCA

EL HOMBRE
DE LA PAMPA

EL HOMBRE DE LA PAMPA

Jules Supervielle

bolsilibros ARCA 63

Título original: L'homme de la Pampa
Traducción de Juan Parra del Riego

Colonia 1263, Montevideo

Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay

Ensueño y realidad, farsa, angustia, he escrito esta pequeña novela para el niño que fui y que me pide historias. No siendo siempre de su edad ni de la mía, éstas nos dan ocasión de viajar el uno hacia el otro y de que a veces nos juntemos a la sombra del humano placer.

I. DESIERTO DE CUERNOS

En el vagón que lo llevaba hacia el Norte, desnuda la cabeza fuera de la ventanilla, dejaba al viento campestre jugar sobre su cráneo, en donde los cabellos, en menudos chaparrones y una calvicie soleada, hacían el buen tiempo y la lluvia.

Impresiones de infancia golpeábanle a bocanadas frescas en plena cara. ¿No reposaban sus primeros años en las vivaces fronteras de su memoria, guardados, de noche, en cuna, por la luna azul de la pampa, y de día, por una pareja de ñandús de gritos tan agudos que aún los oía?

Locamente, su alma de cincuenta años, más ágil que sus piernas, debatíase al aire libre. Fernández y Guanamirú lanzábala delante de él, al hilo húmedo y emperlado de la campiña matinal. A veces, durante la marcha del tren, un mugido penetraba en el vagón: así se expresaba la pampa en su torpe lengua, como lo haría aquél que, no disponiendo sino de ciertas palabras de un idioma extranjero, quisiera confiarle todos los matices de su pensamiento, y aún, con una ambición desorbitada.

¡Campiña ignorante de las líneas quebradas que el horizonte espera sin sorpresa, sabiendo bien que de un ímpetu bajo el cielo inmenso iría hasta él!

¡Solos en la llanura, los pájaros se encargan de trazar en los aires los fugaces paisajes que sus cantos prolongan!

Sobre ellos va el peso y la responsabilidad de las cuatro estaciones: ofrecer el misterio y las lejanías de las florestas ausentes. ¡Y en la primavera, qué trabajo! ¿Cómo, no teniendo nada más que dos alas, podían su-

gerir los cuadrados de la labranza, la exaltación de los ramajes, los millares de botones de una rosaleda y todas las interrogaciones del aire y sus exclamaciones?

Pasa ante el cuadro de la ventanilla un oasis verdadero: pequeños bosques, galopes de caballos, dos mestizas tendiendo ropa de un blanco incierto y un rosal desteñido. En el espíritu de Guanamirú hay cambios, partidas, imágenes, que vienen de afuera y se instalan arrellenándose como para una larga permanencia. He aquí un eucaliptus que ocupa y perfuma el sitio de un mal pensamiento; un cordero que habiendo buscado vanamente a su madre muerta en la pradera, la vuelve a encontrar pastando a lo largo de una idea general del viajero.

—¡Feliz cordero! —suspira Guanamirú—. ¡Ah, más feliz que mis treinta bastardos que me rodean humildemente en la llanura en busca de un padre!

Los amaba con distracciones y reposos de gran propietario: su bondad se diseminaba en todas las direcciones en que poseía tierras. Pero jamás se olvidaba de enviarles cuando les llegaba la mayor edad un freno y espuelas de plata maciza. "Para que aprendan a ser hombres como es debido". Deseando ayudarlos en caso de desgracia, Guanamirú apuntaba sus mudanzas en un mapa de su país con banderitas de seda roja. En su paternidad supersticiosa, temía algo así como una hemorragia si un poco de sangre lejana hubiese pasado de su propiedad de Yacari a las de Tabijo, a veinte leguas al Este, sin que el sitio principal de su persona se informara inmediatamente y sin que el mapa hubiese registrado o aprobado de algún modo este cambio.

Guanamirú descendió del tren en la estación de Palito, la más próxima a su estancia de San Jacinto.

Antes de volver a su casa, el viajero visitaba siempre al comisario, que vivía frente a la estación. Más moreno y húmedo que un terrón después del temporal, aquél se encargaba, mediante el regalo de algunos bueyes, de prevenir al estanciero del matrimonio de sus antiguas queridas y revelar al marido el peligro que correría al molestar a un hombre dueño de más toros de pura sangre que los que hacen falta para cubrir sesenta mil vacas.

Un escritorio rojo y azul como un vientre recién abierto, servía de cuadro a estas visitas. Conversaban del estado del ganado y de las pistas y se separaban difícilmente, después de una media hora de viscosas cortesías.

Entretanto, el capataz de Guanamirú, Innumerable (así llamado por haber nacido el día de los Innumerables mártires de Zaragoza), lo esperaba a la puerta de la comisaría, agarrando la brida de dos caballos que las estaciones cubrían sucesivamente de lodo o de polvo.

La preocupación de trabajos muy diferentes (como la castración de toros viejos y la reparación del lamparín del rancho), que requerían al mismo tiempo la atención de Innumerable, el que era concienzudo en extremo, lo habían dejado bizco, lo que no disgustaba a su amo que sabía el origen de esta enfermedad y veía en ella la prueba de un celo salvaje.

Al día siguiente, domingo de Carnaval, Guanamirú montó a caballo, apenas el alba hubo mostrado la punta de su oreja diáfana. Iba a ver a sus vacas y bebía con delicia el aire fresco de la mañana en su misma fuente campesina. Su mirada se fijó en la ancha bombacha descolorida y mal remendada de su capataz, que lo acompañaba siempre en sus excursiones. Sí, aquél era uno de sus treinta hijos, y quizás el preferido.

La sangre guanamiriana corría de incógnito por estos flacos muslos y el corazón fatigado ciertamente por

el abuso del mate. A veces el estanciero deseaba reconocer a su hijo de pronto, sin bajarse del caballo, tras un cactus. Pero se lo impedía su concepción distributiva de la justicia que no hubiese admitido tal gesto sino seguido de otros veintinueve de la misma naturaleza. Y esto era pedirle demasiado.

Una parcela de horizonte se destacó confusamente para mezclarse a un poco de tierra y avanzar a cuatro patas. Naciéronle cuernos, y eso se repitió en otros mil lugares de la llanura. Se acercaban las bestias de todos los pelos, lentamente, arrastradas por el peso lógico de sus cabezas. Vacas huesudas se levantaban, desplazando sus ángulos y mezclándose en un perfil obstinado al movimiento de las tropas bovinas en marcha. Terneritos dispersos husmeaban en todos sentidos el aire maternal y se prendían, al fin, a las ubres agitadas como campanas, a grandes distancias.

Al galope brusco de su caballo, un gaucho se lanzaba de espaldas para volver de frente en una violenta polvareda acribillada de hocicos y de alientos.

Guanamirú pensaba:

"Hermanos, hermanas, primos, tíos, sobrinos, todas esas bestias sin distinción de pelo, ni de edad, ni de sexo, sin el menor protocolo; desde los terneros de tres meses, que pasan a veces ante viejos toros ya impotentes; todos estos bovinos de cabezas desnudas de cuernos, ocultan cuidadosamente sus tripas en sus vientres y fingen ignorar, como lo hicieron antes sus padres, que su carne será un día pasto de carnicería".

Todos aquellos hocicos lucientes, aquellos pescuezos balanceados, aquellas patas removidas, parecían obedecer a una fuerza mecánica disimulada bajo tierra y que drenaba el ganado de la llanura, con la ayuda de seis gauchos andrajosos, ágiles y rectos sobre sus cabalgaduras.

El estanciero se sorprendió al calcular las posibilidades de bueyes comprendidos en los huecos de los diversos grupos en marcha; aquellas bestias, que no conocían ni siquiera su nombre, pensaba, le pertenecían enteramente, desde el pelo extremo de sus colas, hasta la nota más alta de sus mugidos.

Si lo deseara, podría someterlos a la acción de todos los climas, los polares del frigorífico, los ecuatoriales de las cocinas. Para persuadirse, dándole a su sentimiento el apoyo de un gesto, se aproximó a una vaquillona negra y le palmoteó los flancos con un puño ornado de rubíes crueles.

Al mediodía, el estanciero decidió acompañar en su gira al capataz que desde hacía quince años, todos los domingos de Carnaval, después de haberse vaciado un frasco de agua de rosa en la cabeza, recorría disfrazado los ranchos del dominio.

En el fondo de la caballeriza halló a Innumerable, que se excusó de su indumentaria. No llevaba más que un bonete de papel verde hasta la punta, regalo de su novia, un corsé de su madre de percal blanco con lunares negros, y por encima de las botas cuyos dibujos se transparentaban, medias granates de su hermana.

Después de algunos segundos de penosa vacilación, ofreció a su amo una de las caretas que tenía en la mano.

—Si el patrón desea, es la más linda de las dos —dijo con humildad.

Era una máscara roja, horrible y negra, acribillada de vírgulas, un infierno de catecismo. Guanamirú se apresuró a ponérsela sonriendo buenamente detrás del cartón. ¿Tenía así la ilusión de remediar la mala impresión que iba a producir entre sus gentes su mascarón, o se enorgullecía de sonreir al abrigo de todo espejo, para él solo, para su fuero interno, o, más secretamente aún, para la idea que él quería dar de sí?

Helos aquí a caballo. Los peones, acuclillados a la sombra fresca de las casillas, los miraban ávidamente, pero con tanta curiosidad que hacía titubear la confianza de Guanamirú, quien estimando que un patrón debe dar ejemplo de serio, aun en tiempo de Carnaval, amarró la careta a la silla y decidió preceder al capataz en los ranchos, donde lo esperaría entre los colonos.

A cinco leguas a la redonda todos conocían la costumbre de Innumerable aquel día, y estaban seguros de su visita.

A lo lejos los perros se agotaban en protestas calumniosas al recibirlos.

—¡Fuera, Cimarrón! ¡Fuera, Canela! —gritaban el gaucho o su mujer, o sus hijas, o todos a la vez.

Y ya fuese en la casilla número 1 del segundo lote, o en la número 3 del cuarto, o en la misma de la amada —una mestiza de ojos azules venidos de Inglaterra a este desierto lejano, el diálogo no variaba.

—¿Quién es esta máscara tan bien plantada? ¡No será don Innumerable!

—¡Ah!, no lo sé. No sé —decía Innumerable con rústica coquetería.

—¡Yo sí que creo que es él! ¡Cómo le va!

—De paseo. Ya lo ve.

—¡Muchachos, amarrad pronto el caballo! Y usted, don Innumerable, pase adelante. Al fresco.

—Como usted quiera.

Y entraban en el rancho de un negro subterráneo bajo el humo tenaz de la carne asada. Tomaban asiento alrededor de la mesa, cómodamente, como para toda la vida.

—Va usted a tomar un amargo.

Y se iba a buscar la caldera al fuego.

La caldera, negra sobre el fondo negro, ahumada en todas partes hasta la boca, condenada a arder sin descanso mostraba sin vergüenza su vientre encostrado por

varias capas de hollín superpuestas. Y, no obstante, el agua salía de allí al primer llamamiento del gaucho, obediente y radiosa como una desposada. Mezclada al mate, le daba a uno hasta en sus antepasados dormidos en la muerte una intensa sensación de bienestar.

Hacía un calor hermético. El sudor corría por las mejillas. A veces se veía desaparecer a alguna de las muchachas para volver a los pocos instantes renovada por una capa espesa de polvos blancos. Silencios apoyados lagarteaban las paredes buscando unirse al silencio infinito de afuera.

—He venido a embromar a estas señoritas —decía de vez en cuando Innumerable.

—Como el año pasado, ¿se acuerda usted?

Se reían un poco. Se callaban con voracidad. Todo ese mutismo permanecía en montón sobre el estómago. Para hacerlo pasar, se servía sin descanso el mate hirviente.

De cuando en cuando se sonreía a través del bloque transparente del silencio. Se bebía un poco de aguardiente de maíz.

—¿No quiere usted quitarse la careta?

—No, gracias. Es menester que vaya a embromar todavía a las muchachas del rancho vecino (que se hallaba a dos leguas de allí).

—Hasta el año próximo, si Dios quiere.

—Si Dios quiere.

Y el gaucho volvía a partir en vena de broma bajo el calor del día que lo esperaba afuera y a viva fuerza lo envolvía en una camisola de fuego.

Guanamirú y su capataz vagaron hasta la tarde en la polvareda inflamada. Los caballos, con confeti en las crines y con el cuello sudado, asombrábanse de esta salida cuyo objeto no comprendían, y avanzaban abrumados, con las orejas indiferentes.

Toda la noche en una pesadilla el estanciero prolongó este pobre domingo; se vio llegando a un pueblo en plena pampa y dirigiéndose al Círculo de Comercio e Industrias: un cafetín lamentable; un grupo de hombres montados en rápidos caballos jugaban sobre un billar infinitamente largo, donde las bolas, para encontrarse tardaban ocho días. Les era menester correr hasta cincuenta leguas. A veces los jugadores cesaban de galopar para dar de beber a los caballos. Se servía caña a los espectadores de esta sorprendente partida. Colchones de colores nacionales se tendían en la noche por el suelo.

Guanamirú dejó este lugar extraño para volverse a encontrar siempre soñando, en un rancho lujosísimo hacia donde las bestias de la pradera, las bovinas como las equinas y las ovinas, llenas de lodo y lluvia, pero cuidadosamente enmascaradas, se acercaban a hacerle una visita y jurarle fidelidad.

Después de entregarse a grotescas salutaciones, penetraban en casa de Guanamirú que las esperaba con refrescos de todas clases y un discursito visible en la punta de la lengua. No consentían ellas escucharle, rehuyendo quitarse las máscaras "por miedo de ensuciarse", según decían.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, Guanamirú, a quien Innumerable acababa de llevarle el mate a la cama, se puso a gritar tan fuerte como para ser oído hasta de las más alejadas regiones de su alma:

—¡Cómo! ¿Voy a dejarme enterrar vivo? ¡Hasta durante mis sueños estos salvajes desiertos me tienen agarrotado! ¿Tengo que tragarme por la mañana este brevaje de gaucho, tan amargo, que tomo sin azúcar para mostrar que soy muy de mi país? ¿Por qué al mediodía y a la noche no me sirven sino carne de vaca? ¿Qué se ha hecho, entretanto, del caviar de Rusia, de los palmitos de Chile y del maíz dulce del Deseado? ¿Qué me

importa todo este Carnaval a ras de tierra en un país de llanura? ¿Y estos ganados que aguardan sin esperanzas de grandes vacaciones? ¿Y estos gauchos que no salen sino a caballo, aun en sueños, aun para trasladarse de una pieza a otra en el rancho o para subir al cielo después de muertos? ¡Largas llanuras que no me son indispensables sino cuando estoy a más de trescientos kilómetros!

He pasado la edad en que los crepúsculos colman el alma de un estremecimiento elegíaco y aquella en que, en un movimiento circular, se reconoce a todos los bastardos.

Tiempo es de volver a la capital en que me aguardan en el andén amigos desconocidos que miran su reloj.

II. LA MONTAÑA ARDIENTE

Este corto viaje no había hecho sino avivar en Guanamirú el mal del desierto, que sufría desde largo tiempo aunque vivía en la estancia. La afección provocada por una inmensa ociosidad en la campaña sin límites turbaba el espíritu del estanciero aun durante los galopes desordenados en que huía enloquecidamente. Cuando el tiempo era tormentoso, Guanamirú llegaba hasta sentir la sensación de que el círculo estrechado del horizonte le apretaba el cráneo tan exactamente como el conformador de su sombrero. Y, no obstante, él mismo había querido administrar hasta los cuarenta años las tierras que tenía de su padre; el juramento lo hizo en un banquete de ganaderos, presidido, a petición suya, y en un box florido, por su toro Occiput IV, gran medalla de oro del salón de los Durhan. Aunque en realidad, él administraba sus dominios y aunque no podía hacerlo con el color del cielo y la humedad del aire; sus vecinos, a quien se había impuesto la severidad de su mirada, lo consideraban como el salvador de la Pampa, y esto lo dejaba satisfecho.

Desde su vuelta definitiva a las Delicias se había hecho construir "para pasar el tiempo" un enorme "palacio" ornado de tres torres cuadradas, frente a las cuales se podía preguntar por qué no medían cuatro metros de más o de menos, y si no hubiera valido más coronarlas con una cúpula o simplemente, suprimirlas.

En la mañana, a menudo tomada del vértigo, la casa parecía excusarse de estar construída con materiales durables, no siendo sino la resultante cimentada de las fantasmagorías del propietario. ¿No aumentaba él todos los años la confusión del edificio añadiéndole un

"bow-window" o un mirador, o ya bosquejando un ala y arriesgando —externa o internamente— una enérgica escalera de mármol de Carrara que nadie, ni el mismo Guanamirú, sabía, exactamente a dónde iba y si por ella se llegaría nunca?

Cuando se penetraba en el parque que rodeaba largamente el palacio, eran frecuentemente un ibis de Macé, un lofóforos refulgente y una penélope de párpados cretáceos quienes daban una bienvenida de perfil. Chata la cabeza, echada hacia atrás, fijo el ojo, las patas severas, un avestruz se acercaba ingenuamente a confirmar la autenticidad de sus plumas y al instante alejábase pasando bajo el arco enternecido de una jirafa.

En la fuente los patos carolinos huían perseguidos por sus patas veloces, ranas entre dos aguas; y raramente se trasponía el umbral de palacio sin cruzarse con un erizo libre, lleno de púas, que doscientas cubre puntas hacían inofensivo.

Aquí y allá se arrastraban, se enroscaban o dejaban pender sus cabezas de una rama de árbol, unas serpientes llamadas "musuranas" que Guanamirú cuidaba, no sólo para horrorizar a los visitantes extranjeros (cosa que le daba así el placer de tranquilizarlos y de invitarlos a su mesa), sino también para desembarazarse de las serpientes venenosas con las cuales se nutrían las "musuranas" por espíritu de mortificación.

Todos los días, entre dos bosquecillos de eucaliptus el continuo ir y venir de los papagayos, mezclando sus vuelos, sostenían una cúpula de gritos entrelazados que al caer de la noche se hundían en un vértigo de silencio.

Era la hora en que, sentados en un banco del jardín, dos indígenas de las fuentes superiores del Orinoco conversaban sobre el aumento de salario con un hombre de los bosques vestido únicamente de ramas secas y a

quien Guanamirú le había prohibido fumar. Cerca de ellos, un insular Ombai ofrecía a las miradas el ramillete de sus cabellos que emergía de un tubo de níquel perfectamente alisado. Y a veces un Papú a quien se le había hecho perder el gusto por la carne humana mediante un empleo en un horno crematorio municipal, se mezclaba a su conversación o más bien a sus gestos; porque no se comprendían sino a golpes de gesticulación, de cuchillo, de sonrisas y también canjeando rápidamente sellos de correo.

Estos hombres, que Guanamirú había hecho venir con grandes gastos, de los cuatro puntos de la tierra, estaban encargados de asustar a los niños que venían al parque y de componer cocktails con las aguas de todos los grandes ríos del mundo puestas en barricas en su misma fuente. En ellas vertían algunas gotas de lluvia helada en el momento de servir y para darles color sin que por ello sufriese el estómago, daban a los consumidores unos anteojos de colores cherry, champagne, ajenjo, curaçao, "blanco y negro", "rainbow".

Cuando salía el amo, se veía a menudo a los salvajes sobre la hierba de pequeñas olas rizadas formando un archipiélago batido por todas las nostalgias, pero a la merced de un silbido del guardián o de la bocina del auto guanamiriano.

Este jardín de aclimatación fue celebrado en toda la América del Sud por la anchura del pecho de sus elefantes y por las munificencias del propietario, quien hacía vivir a estas bestias sin alegría en jaulas cuyo barniz se cambiaba cada quince días para darles así la ilusión de las lejanías y de la libertad.

Guanamirú se había cansado pronto de alimentar tanta ferocidad prisionero en un parque que ennoblecían, no obstante, soberbios individuos y el recuerdo grabado en granito de dos guardianes de quienes no quedaba

más que en una urna de oro los restos digeridos por los tigres.

—La familia del kanguro receloso, decía— y las groserías de los monos ya no consiguen distraerme. Tengo el sentimiento de despertarme de un imperdonable sueño de varios años, yo que hice escribir en las salas de baño del Jockey-Club: "Se prohibe dormir más de una hora en las bañaderas".

Un día, mientras buscaba un libro en su biblioteca, **Los Volcanes,** de Fuchs, atrajeron sus dos manos atormentadas por lo desconocido.

"La tensión de los gases y de los vapores, comienza en la página 14, no es siempre suficiente para romperse una vía libre a través de las rocas tiernas de la montaña".

Esta frase hizo soñar largamente al lector. Después, siguió leyendo: "Los pastores de Pantalaria, isla pobrísima en fuentes, tienen la costumbre de poner haces de maleza ante las fumarolas para que los vapores que los atraviesan lentamente se refresquen y se condensen en agua. Lo que les hace obtener la cantidad de líquido necesario para abrevar sus rebaños".

Dos días después, Guanamirú, que consideraba a sus cabellos como la prolongación legible y perecedera de sus ideas, decía a su peluquero, mientras lo peinaba (consideró pueril ocultar su pensamiento, al menos su presente pensamiento):

—Voy a construir un volcán, amigo mío; un volcán que honrará al país.

Este proyecto le había llegado la víspera por la ventana, que él tuvo la precaución de dejar abierta de par en par; esperaba un acontecimiento considerable. La idea, aún exterior, pero ya zumbante, le dio varias vueltas a su cabeza, le atravesó súbitamente el cráneo y lo penetró al fin con delicia.

—Tengo necesidad de un volcán para ser feliz y

quiero poder gozar de él sin abandonar mi propiedad. Haré yo mismo los planos en este país, privado de relieve y tan alejado de todo, que algunos curiosos perdidos para siempre al buscarlo en mapas, a pesar de estar tan bien hechos, murieron aquí de hambre y de geografía.

¿Qué modelo escoger? —se decía el estanciero hojeando sus álbums donde desfilaban los volcanes domesticados bajo sus humaredas de un rosado fácil. ¿Por qué aquél y no éste?

San Miguel del Salvador, siempre envuelto en una nube muy seca; Momobacho de Nicaragua, cubierto de bosques hasta su penacho, aérea floresta; Tschy-Hang de Formosa, con sus tinas de basalto y su lago de agua caliente; Cotopaxi, cuya nieve se fundió totalmente en una sola noche de 1813, y que desde entonces saca una lengua ardiente de víbora acosada.

Para escoger mejor cerró el libro y los ojos y, al cabo de un instante, abriéndolos de nuevo, se puso a hojear.

Un volcán del Japón de cumbre barnizada de nieve, guardián del horizonte de las estampas a las cuales da perspectiva y alféizar para los recuerdos. ¿El Strómboli, con sus 5.000 metros, extraño enfermo siempre humeando y escupiendo sangre, envuelta la cabeza en hielos, y los pies bajo excelentes cobertores de geranios? ¡Oh, país de primavera, volcanes perezosos de Madera, de cráteres con plantaciones de naranjos, alrededor de los cuales gira siempre el anillo gritón de millares de golondrinas negras, blancas, negras, blancas, agudas!

Se decidiría por un volcán joven aún, de cráter bien conservado y que los resumiera a todos.

Un año después, al pie del volcán, al fin construido, Guanamirú se preguntaba si las erupciones debían

producirse a plazos fijos o inopinadamente, para dejarle al monte un carácter científico al mismo tiempo que romántico.

¿Por qué no preparar también, alternando con las otras, erupciones de caridad en que los socorros para los pobres pasaran por el cráter?

—¿No soy un filántropo? He aquí que lo olvidaba.

¿Pero era razonable dirigir así la caridad por un cono eruptivo? ¿Por qué no propondría el mismo procedimiento a otras virtudes cuya elección le quedaba aún por hacer (la temperancia, la energía, el civismo)? ¿No era un poco burlesco este itinerario? ¿No hubiese valido más ayudar a los pobres con menos ruido y dejar a las virtudes en su sitio habitual, ligeramente a la izquierda, en el corazón de los hombres? Vería...

Y a la espera, dio al volcán el nombre de Futuro, que permitía todas las esperanzas.

La servidumbre del volcán se componía de cuarenta hombres en traje de cráter, quiere decir enteramente desnudos. A causa del intenso calor y de una natural preocupación de decencia se había conformado con tatuarles vestidos, o más bien, las solapas de la chaqueta, los botones del chaleco y las rayas del pantalón.

Un capataz igualmente desnudo, los mandaba, llevando como distintivo dos trazos oblicuos, que representaban los faldones de un inexistente chaqué.

Guanamirú hacía confidentes a sus íntimos de su gran deseo de hacer bien. Los interrogaba sobre la impresión que les habían causado los últimos ensayos.

—¿Qué piensa usted de mi columna de humo? —preguntaba un día al Ministro de Instrucción Pública—. ¿Preferiría usted la de aquella última erupción que tiraba al rojo? Dígame su opinión con toda sinceridad... Yo espero en estos días una paja muy humosa que debe llegarme de Hungría y de la cual tengo los mejores informes. La compararé con muestras que tengo de Aus-

tralia y de la India. Yo no quiero dejar nada al azar. ¿Pero usted no me dice nada, señor Ministro?...

—¿Y usted no piensa, querido amigo —dijo el Ministro enrojeciendo—, que tal vez fuera preciso dar impulso a la agricultura del país?

—Yo no excluiré de mis experiencias la paja de la nación. Ella puede probarme su superioridad. Si no procedo con toda imparcialidad, suplico a mis amigos que me digan: "¡Pero, mi querido amigo Guanamirú, cuidado; no crea usted!..., etc." ¿No es verdad, señor Ministro?

El no pensaba sino en todo lo que humeaba. Apenas estallaba un incendio en la ciudad, iba a cerciorarse de que las diferentes materias inflamables cumplían bien con su deber. Los bomberos lo sorprendieron un día tomando abiertamente el partido del incendio, al que aplaudía con violencia, mientras insultaba las bombas y el agua corriente.

—¡Bravo, fuego, bravo! —gritaba—. Había arrojado su bastón y su sombrero a las llamas, en señal de alegría y se disponía a arrojar cigarros de la Habana, cuando el brazo estrellado del jefe de los bomberos detuvo vivamente su gesto. Se le amenazó con demandarlo si no retiraba inmediatamente del fuego sus palabras sediciosas y su bastón quemado por la mitad.

—Yo soy un artista —aulló Guanamirú—; usted no comprenderá nunca lo que es esto.

Y volvió la espalda a la ignorancia y al incendio para hundirse en su auto cuyas cortinas bajó para aislarse del estúpido ambiente.

El día de la inauguración se vio aparecer a Guanamirú en lo alto de su volcán como en un balcón; acababa de tomar el monta-lavas. Pero, en seguida, se sintió cohibido: ¿a qué parte del público convenía dirigirse?

"Amigos míos, ¿qué hay de más bello que un vol-

cán, está reacción de la materia fluida e ígnea, contra la costra de la tierra consolidada?"

Guanamirú se puso entonces a girar poco a poco sobre sus talones de tal manera, que a cada espectador sólo alcanzaban débiles partes de su discurso. El resto, se iba con el perfil cada vez más perdido del orador, que se detenía a veces un instante para hacer señas a los que abandonaba de que tuvieran un poco de paciencia: volvería pronto.

Cuando evocaba la inmensidad de su esfuerzo, el estanciero, movido de pronto por una emoción giratoria, dio una vuelta completa sobre sí mismo y se colocó exactamente en su punto de partida entre una salva de aplausos.

Que no vengan a observarme —prosiguió— que un volcán que no existía hace dos años, ni aun en mi imaginación, sea un monstruo sin valor científico. La rapidez de su creación no disminuye en nada su coeficiente de seriedad ni su alcance geológico y revelador. Para probároslo mejor, hubiera querido poder efectuar siempre la erupción completa; pero el precio de la lava a la temperatura requerida es actualmente considerable (más de trescientos pesos la tonelada), y no podré, a pesar de toda mi buena voluntad, ofreceros erupciones de esta clase, más que con motivo de las fiestas nacionales u olímpicas, a no ser que el Gobierno quiera ayudarme en mis gastos. Me apresuro a agregar que la lava no hace el volcán; que existen, especialmente en Java, volcanes de erupción sin lava, y que los javaneses no han encontrado en ello nada que observar.

El jueves, día reservado a los niños de las escuelas, este Vesubio de los tiempos modernos vomitará gratuitamente recetas útiles, pastillitas de jabón y piedra pómez, rompecabezas inquebrables con pinturas nutritivas o refrescantes, según el deseo expresado por los padres.

Habrá también, en fechas indeterminadas, erupcio-

nes-sorpresas que, inspirándose en las necesidades del momento, desparramarán medicamentos en sobres, libros de moral cuidadosamente encuadernados, instrumentos de agricultura en buen estado, esquiladores mecánicos, o bien, en un orden viviente de ideas, corderos Rambuillet y lechones Blackhead.

Y asimismo, señores, he logrado cambiar lo que de haber existido, hubiera sido un azote espantable para el país, en un fenómeno indispensable y verdaderamente moderno, en un distribuidor práctico que, en algunos días, hará más por la humanidad que todos los otros volcanes de la tierra durante millares de siglos.

Los aplausos no habían aún cesado, cuando los labios de Guanamirú dieron paso a nuevas palabras:

—Si alguna de las damas, para probar el buen funcionamiento del volcán, se digna confiarme un objeto cualquiera, no tardará mucho en recibirlo intacto por medio de mis lanzadores de diversos modelos.

Algunos instantes después, al recuperar el pañuelo que había prestado a los lanza escorias, una dama decía:

—Está todavía caliente.

Guanamirú, emocionado, lloraba lágrimas ardientes que venían directamente del centro de la tierra.

El discurso fue difícilmente reconstruido gracias al interrogatorio de más de quinientas personas sentadas alrededor del volcán y que no habían percibido más que algunas palabras del orador rotativo.

La prensa, no sabiendo qué decir, optó por el entusiasmo. Pero un periódico semanal, **El Porvenir de la Raza**, que tuvo tiempo de reflexionar, se hizo notar por sus críticas, y hasta llegó a pretender que "el volcán podría muy bien a la larga tomar raíces y sufrir, a fuerza de simularlos, verdaderos cólicos eruptivos. Es este, agregaba, un caso bien conocido de los hombres de ciencia, especialmente en psiquiatría, y no conviene

burlar así a la naturaleza o a la divinidad que, indudablemente, tendrían sus buenas razones para no erigir un volcán en ese lugar determinado, ni tampoco en ningún otro punto del país. ¿No debíamos juzgarnos felices de estar libres de esas enormes montañas, aún mal conocidas y llenas de peligros?" Y hacía objeciones confusas sobre las trombas marinas, los volcanes de Chile, las ciudades aniquiladas, la paralización del comercio y el tráfico bajo una lluvia de ceniza.

—¡Hipótesis grosera! —respondió Guanamirú en el **Diario Oficial**—. La psiquiatría no tiene nada que ver en este asunto y sería ridículo "en el estado actual de la ciencia" el asimilar el volcán al hombre. La población puede estar segura. La trayectoria de la ceniza, arenas, escorias y cuerpos diversos, ha sido objeto de estudios de toda clase, efectuados a conciencia por especialistas escrupulosos.

Varios de ellos, deseando demostrar su confianza en los lanzadores, ¿no se habían ofrecido acaso para ser precipitados en el vacío, un vacío de diez metros, pero tan estudiado, tan domesticado por los cálculos y los sondajes, que ya no presentaba ningún peligro?

En la semana siguiente los ataques de **El Porvenir de la Raza** se reanudaron con una perfidia más grande. Este periódico pretendió, desde luego irónicamente, que los elogios concedidos hasta entonces a Guanamirú no estaban "en ninguna forma de acuerdo con su situación de fortuna y con su radiante prestancia, ni con el perfecto óvalo de su semblante reflexivo".

"En presencia de esta injusticia, agregaba, el constructor del volcán incomprendido ha decidido emigrar; ya se ha puesto de acuerdo con una Compañía americana para la compra de un volcán submarino en pleno Atlántico. El asunto no tardará en liquidarse, pero los interesados no han podido ponerse de acuerdo hasta ahora sobre la fecha de entrega de la montaña".

Para dar algún fundamento a este rumor, el periódico afirmaba que el estanciero "aprendía a nadar, a sumergirse, y pasaba una parte del día bebiendo agua con los buzos". La cobardía de estos ataques, la tibia defensa, por otra parte, de los demás diarios, no era lo más a propósito para volver a Guanamirú la serenidad perdida. En su depresión, ¿no había notado hasta en su palacio una verdadera hostilidad con respecto a él? Los retratos de su familia lo miraban de reojo. Sus cigarros tiraban mal, y renegando, su estilógrafa huía al campo, los grifos del cuarto de baño y del lavatorio animados por un espíritu malévolo, perseguían gota a gota sus insomnios. Si abría sus armarios, gemían como recién nacidos; la cifra de su caja de caudales resultaba cambiada en la noche. Cuando su reloj de bolsillo se atrasaba, el de su dormitorio se adelantaba en la misma proporción, y si bien éste permitía hacer cálculos, dejaba traslucir una angustiosa complicidad. Un retrato se dio vuelta en pleno día en su escritorio; otros dos cambiaron su firma y luego sus marcos. Y por último, otro cuadro que representaba a una mujer que se dirigía al mercado para vender gansos, se transformó en una campesina que volvía del mercado con cerdos.

—¡Hum! —concluyó por decir Guanamirú—, es tiempo de cambiar de aire.

III) DICCIONARIO

¿Qué haría de su volcán durante el gran viaje que proyectaba? Todo el día hurgoneó en vano en su cerebro buscando una solución.

Una noche, antes de acostarse, presintió que le era necesario dirigirse de inmediato al comedor.

Guanamirú se había equivocado. El consejo esperado desde hacía varios días se encontraba sobre una gran bandeja de plata en medio de la mesa. Apenas abierta la puerta, el hombre de la pradera leyó en mayúscula de oro realzadas con cintas de zafiro:

"Llevar el volcán a Europa"

Se dirigió hacia la bandeja, se inclinó, vio que había leído bien e inmediatamente la visión desapareció.

"Llevar el volcán", eso es, ya que aquel país era indigno de comprenderlo.

"¡Llevar el volcán!"

Estas tres palabras acompañaban ahora a Guanamirú hasta en aquellos lugares donde siempre se había aventurado solo. Por de pronto, ¿qué significaba la palabra "llevar"? ¡Si por lo menos descubriera el sentido exacto!...

Si descubriese el sentido exacto, su tarea se facilitaría extraordinariamente. Abrió el Larousse o el diccionario que hacía las veces de éste en su país, y leyó más o menos lo que sigue: "llevar", "llevarse, sacar, quitar una cosa de un sitio, arrancar, arrastrar forzosamente". Los comerciantes chinos llevan a China todo lo que ganan en las colonias.

Buscó los sinónimos, y leyó: "levantar, conducir, sacar, arrastrar, exportar".

Guanamirú pensó que si no podía "llevarse" a Futuro, tal vez le sería más fácil conducirlo, cargarlo, arrastrarlo, exportarlo. Con un poco de paciencia encontraría tal vez la palabra que contiene el secreto de las cosas. No logrando esto pensó que lo más simple sería convocar a los catorce embaladores de la ciudad, a los cuales concernía el asunto, después de todo. Pero previamente dividió al volcán en catorce sectores con rayas de cal.

Cuando los embaladores llegaron al pie de la obra, les explicó el mal infinito que hasta entonces le había causado.

—Toda esta pena sería estéril, vanos mis días de trabajo y mis noches bombardeadas en todos sentidos por el insomnio, si yo no pudiera abandonar mi país con mi querida obra.

Contaba con ellos para hacer conocer en París su volcán al mismo tiempo que su país cuya existencia, nobleza y necesidades procuraría demostrar. El monte sería llevado del otro lado de los mares, en tajadas bien trinchadas y numeradas a fin de evitar todo desorden y fracturamiento. El embalaje de Futuro, desde su base a la cumbre de la fumarola, exigía ocho días. Guanamirú acordó doce, y los fue a pasar a una de sus estancias.

El hombre de la Pampa regresó a Las Delicias en el alba del duodécimo día.

Cuando su carruaje penetró en el barrio del puerto tuvo que detenerse de repente ante una triple y larga fila de carretas que lindaban en el momento con dos buques de carga, listos para partir.

Todo el volcán estaba allí a merced del azar injurioso de las paletadas, en irreconciliables fragmentos. Las noventa máquinas de todos los modelos que servían para las erupciones, habían envejecido tan pronto en al-

gunos días, que llevaban una interminable barba de orín y parecían esperar su turno a la puerta del infierno. Algunos sacos de escorias se quejaban todavía débilmente aquí y allá, mientras los carreteros jugaban a la rayuela con manecillas arrancadas, o se cortaban cinturones con las correas de transmisión. Tres de ellos, agazapados alrededor de una caja de humos condensada que debía servir en París el día de la inauguración, la habían entreabierto con una barra de hierro "para ver", y ante las últimas convulsiones de su contenido mezclaban dulcemente la humareda con sus pipas napolitanas.

Para todo este desastre era preciso un símbolo: lo daban las columnas tronchadas fúnebremente de los ascensores.

Guanamirú (lívido como en el amanecer de un condenado a muerte) avanzaba sin aliento, gritando a los carreteros:

—Pero, ¿qué es lo que han hecho? ¿Qué habéis hecho? ¿Qué les he hecho yo para que se me trate de esta manera?

Iba de carreta en carreta con riesgo de hacerse aplastar a cada paso por los caballos enervados de moscas.

—¡Deténganse! —gritó—. ¡No descarguen más! Soy yo quien manda, ¿entienden? ¿Ya descargaron dos carretas? ¡Que las vuelvan a cargar inmediatamente!

Por último, percibió al capataz de los carreteros, de mirada erguida como un puñal, retrato rojo y en pie, pintado con una increíble vulgaridad en su marco de crimen.

—¡Ah! ¿Es usted?— dijo Guanamirú, que no pudo agregar una sola palabra durante los ocho días que siguieron.

El dolor del estanciero, al ver su volcán aniquilado, no cesó de perforar en su espíritu túneles de luz incierta. De su montaña ardiente sólo quedaba intacta la funda impermeable con la cual se la recubría los días de lluvia.

Como todo podría serle motivo de sufrimiento, no se atrevía a mirar ni delante ni alrededor suyo. ¡Obsesión volcánica! El menor montículo destinado a la reparación de las carreteras, le producía sudores fríos, lo mismo que la humareda más tenue.

Se paseaba largamente a la orilla del mar, contando con la paciencia de las olas para borrar los atroces recuerdos.

Y así, un día, ocho marineros negros del Estado lleváronse mar adentro, a toda fuerza de remos, lo que aún quedaba de su razón. Y a pesar de los llamamientos lanzados por Guanamirú, los hombres no volvieron la cabeza hasta que el bote no fue sino un confuso punto tragado por el horizonte.

Aquella noche el olor de una rosa inclinada sobre su cara, debía agitarle dulcemente el sueño.

Luego penetró un perfume compuesto, como si se hubiese abierto una ventana, dando sobre ropa fina y veinte plantas aromáticas. El aire se llenó de exquisitas incertidumbres, se ahuecaba de voluptuosidad como una cadera de mujer. Los silencios se ponían en marcha sobre invisibles balsas que volcaban multicolores y eran luego reemplazadas por otras.

El mar y los jardines se juntaban en los aires y fraternizaban largamente. Una inmensa caravana, yendo de la tierra al cielo, arrastraba también a Guanamirú, que llegó a respirar de cerca un ramillete de estrellas bajo el abanico inclinado de la luna llena.

Le parecía al estanciero que el mundo, cansado de sus formas y sus volúmenes, había optado por lo impalpable y que no se revelaba sino por perfumes car-

gados de intenciones y sutiles presentimientos. Las cosas entregaban su memoria, sus preferencias y sus escrúpulos. ¿El secreto de sù melancolía?

¿Qué pensar de estas sensaciones que tenían para Guanamirú tanto alcance como un segundo nacimiento, y que para el mundo quizá también eran como una pausa interrogativa en los espasmos panteístas de un hombre que se ahoga?

Con los cabellos y el pijama, impregnados de infinito, Guanamirú se levantó. Buscó con la mano el conmutador eléctrico.

Dio luz. Los olores se simplificaron, se ordenaron juiciosos, los unos al lado de los otros como los colores en una paleta. ¿Acaso tomaban hábitos de orden con la vecindad del hombre?

Guanamirú miró alrededor de él y no vio nada que no fuera normal. El armario cerrado estaba en su lugar, los frascos de perfume tapados, los cuadros sabiamente colgados en las paredes, el escritorio se enderezaba sobre sus cuatro patas, el frasco de la goma conservaba su oblicuo pincel, las paredes y el techo recobraron apaciblemente sus funciones habituales, ninguna silla se había movido.

Sobre una mesita se encontraba una valija vacía que siempre estaba en la alcoba de Guanamirú: los viajes formaban parte de su previsiones cotidianas. ¿Por qué sus manos temblaban así cuando él la tocó? ¿Qué presentía? Apenas la abrió, los milagrosos perfumes redoblaron su audacia. ¿Qué había, pues, allí dentro? ¿Un quema-perfume, quizá? Guanamirú se inclinó. Al principio creyó haber visto mal. Acercó la luz. ¡Claro! ¡Era un pequeño volcán! De tipo obscuro, se parecía absolutamente a Futuro. Con orden perfecto, Guanamirú reconoció el cráter, el monta-lavas, la cámara de calefacción. Sopesó la valija, ligera, como si no hubiesen encerrado sino un deseo.

—El peso le vendrá poco a poco— pensó Guanamirú.

Al día siguiente, apenas despertó el hombre de la Pampa, con los pies descalzos se fue a ver su secreto; el pequeño monte estaba siempre allí. La valija le pareció ya un poco más pesada. Guanamirú se acostó de nuevo y se durmió rodeado de zumbantes felicidades. Cuando le llevaron el correo, pensó hallar en él quizás un indicio. ¿Le escribiría el que había puesto a Futuro en la valija? Lentamente desgarró un sobre que contenía una cuenta de su camisero. Disponíase a enviarle un cheque, cuando se le ocurrió examinar si el papel de apariencia insignificante, no ocultaría ninguna escritura en tinta secreta. Uno tras otro ensayó en vano todos sus reveladores. Pagó, recibió al día siguiente un recibo; desprendió el timbre para ver si no disimulaba algún mensaje. Pero nada, nada aparecía allí debajo.

En los días siguientes esperaba una misteriosa comunicación telefónica que permitiese al autor del milagro darle indicaciones sobre el uso que se podía hacer de este volcán. Temía alejarse de su teléfono creyendo en todo momento que iba a oir una voz.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! Soy la Santísima Virgen. ¿Tiene usted algún pequeño informe que pedirme?

En la noche, Futuro, o más bien su modelo reducido, continuó derramando en el aire sus fluidos maravillosos, bastante fuertes para afirmar su presencia aun a través de las maderas del armario en donde la valija estaba encerrada. De duración casi igual, los olores sucedíanse entre tanto con rapidez, borrando totalmente el uno a su precedente. El heliotropo volvía a menudo. "¡Como le stop dans les telegramas!" —se dijo de pronto el estanciero— que acababa al fin de comprender. Una voz le hablaba desde allí dentro, emanando de un mundo ignorado y que lo había escogido como confidente, una voz que sabía sin duda por qué el hombre

se obstina en permanecer sobre esta tierra con sus ojos vivos y su alma torpe.

Tratábase entre tanto de descifrar los mensajes. Guanamirú se fue derecho a la librería a comprar un cuaderno en blanco en donde anotó la lista de todos los perfumes que se manifestaban a cualquier hora del día y de la noche. Al lado anotó el sentido que creía poder atribuirles. Al principio, sus comunicaciones revelaban sobre todo metafísica. Esta dominaba al hombre desde tan alto que él no le hacía frente sino con terror, el mentón sobre el pecho y palpando hierro.

El ámbar se había especializado rápidamente en las preguntas del más allá. Según su fuerza o sus matices, significaba: "Dios no está lejos. ¡Vade retro Satanás! ¿Y por qué no?"

El clavel se ejercitaba en la cortesía más exquisita, comenzando sus frases por: "Tengo el honor...", y acababa siempre: "¡A los pies de Guanamirú!". Decía también: "¡Como usted quiera." "No haré nada de eso". "Guanamirú desde luego". No retrocedía tampoco ante fórmulas tan anticuadas como: "Que besa sus pies", y parecía siempre dispuesto a ofrecer su sitio a las señoras en los tranvías. Otros olores invitaban a la mayor prudencia: "¡Atención! —decía el petróleo—, no lea usted su periódico en la calle. Por ella pasan autos y además camiones, comedores de carne cruda".

Ciertos olores equivalían a simples constataciones: "Llueve", "Usted tiene genio"; a apaciguamientos como: "Entendido, hasta mañana"; o reservas como: "No, inmediatamente volveremos a hablar de eso"; o promesas como: "Tranquilícese, yo me encargo de darle una magnífica erupción".

Las comunicaciones carecían a veces de claridad o se hacían tan fragmentarias, que Guanamirú no las podía traducir en conceptos o en simples vocablos; era como una bruma de pensamientos, larvas de ideas, letras

aisladas, signos de puntuación. Y es así cómo en la misma mañana no tuvo más que una serie notable de puntos y comas, diéresis sin vocales, cedillas solas, barras de la letra t, una asonancia, dos rimas femeninas, un punto y raya, un fa sostenido.

—¿Qué me pasa? —preguntaba Guanamirú—; he aquí que soy dueño de un volcán que habla y me da consejos.

Cuando se dirigía a sus semejantes ya no les mostraba como en otro tiempo el semblante de un hombre entre los hombres; sus rasgos barnizados de misterio se inflamaban bajo un sol nuevo que lo había escogido entre todos para ensayar sus rayos.

Llegaba sin esfuerzo hasta el fondo del alma de sus interlocutores, donde penetraba con el bastón en alto, con el sombrero puesto y un clavel azafrán en el ojal.

¿Qué diría toda esta gentecilla que merodeaba por las calles, si supiese lo que sucedía? El no les diría nada. El no les hablaría. Partiría a París, y allá, después de una erupción de primer orden, revelaría quizás su secreto.

Dejaría el país no llevándose con él sino a su capataz Innumerable; un tatú vivo, y para evitar la mala suerte otro embalsamado; además, un poco de tierra de sus estancias en veintidós cajas numeradas. No olvidaría tampoco su colección de viejos "mates" incrustados de plata, que envolvería en delicadas sonrisas de infancia. Asimismo, un cofrecillo de ébano cerrado con llave y que un espíritu mal informado podría creer enteramente vacío, cuando contenía toda la dulzura y el cielo del país natal.

El estanciero se proveería también de un lazo; en viaje, lo superfluo le era tan indispensable como su sistema arterial y los latidos de su corazón.

Ocho días antes de partir quiso visitar su camarote. Lavóse allí largamente las manos, se hizo traer la tohalla, se informó si sería igual el que le darían durante

su viaje a Europa, se secó con cuidado, se estiró en la cama de bronce, miró bajo el almohadón, lo tanteó y sacó una plumilla que volvió a colocar de nuevo, después de haberla examinado y olido.

Llamó al mozo para verlo, dijo su nombre, le dio cinco pesos y lo despidió con una sonrisa que prometía cincuenta. Contó de arriba abajo y de abajo arriba los cuadrados negros de la alfombra, desde su cama hasta la mesita de noche, de un chorro doró el recipiente para darse cuenta, y no salió sino después de haber recogido algunas flores del tapiz, con las cuales formó un ramillete.

Antes de dejar el vapor, Guanamirú pidió ver al capitán, dio su nombre, le anunció que partiría a Europa en viaje científico: se excusó de no poder decirle más, lo cumplimentó por la presentación de su barco, y se despidió bruscamente, tendiéndole una mano cuadrada que había ocultado hasta entonces y donde relinchaba, sin interrupciones, sobre un camafeo rojo, un caballo marino.

IV) LAS CEREZAS MARINAS

El pueblo de Las Delicias se ahogaba ya en el horizonte entre el lecho del mar y la colcha de una nube de donde se escapaban las gaviotas. Largo tiempo Guanamirú permaneció acodado en la borda con los ojos fijos sobre la inmensa llanura marítima.

A medida que se desenvolvían las olas, se imaginaba ser el creador de ellas, que, de un modo tan exacto, prolongaban los movimientos de su alma.

Cuando volvió a su camarote sus ojos fueron a la blancura de su lecho, al espejo del armario, pasando por el círculo del ojo de buey cortado de azul que se adaptaba a cada balanceo del vapor.

Cuando la melancolía de la partida floreció bajo su frente coronada por los acianos de papel del recuerdo, entreabrió la valija obsesionante, exploró el interior, suspiró de satisfacción, y la volvió a cerrar.

Tenía confianza. El porvenir estaba allí bajo sus manos y tenía la llave en el bolsillo. Instalaría a Futuro en pleno París, en el primer distrito.

Reflexionando, encontró muy natural que ningún europeo hubiera pensado en construir un volcán y que se hubiese contentado hasta entonces con iglesias, palacios, hospitales, puentes, faroles y "montañas rusas". No despreciaba la inteligencia ni el talento de esa gente, pero verdaderamente estaban demasiado esclavizados en sus estudios clásicos para concebir proyectos nuevos.

De pronto, el temor de que otro se le adelantara paralizó su júbilo sonoro. ¿Leería mañana, en el diario que comprase en la primera escala, que habían comenzado a construir en París un gran volcán como el que meditaba? ¡No, sería el primero! ¡EL PRIMERO! La pa-

labra radiante que vive en los hombres desde los bancos del Liceo hasta una siempre posible guillotina, que cada uno quisiera evitar antes de los demás, la palabra tumultuosa atravesaba en todos sentidos la piel de Guanamirú. ¡EL PRIMERO!, repetía descendiendo los seis escalones que conducían al bar donde gritó al entrar:

—¡Mozo, un whisky! ¡Y que sea macho!

Pero el mozo, muy ocupado, no venía y Guanamirú debió esperar su bebida con la vergüenza de haber pronunciado una expresión gráfica que había tomado cuerpo en el silencio del bar y que se quedó balanceando en el techo.

Subió a cubierta, se instaló sobre su "chaise-longue", la más opulenta, la más previsora de abordo con sus mantas, sus pieles, su pupitre y su pantalla, que, por el lado bordado, ocultaba el mar y por el otro lo agrandaba diez veces.

Al cabo de algunos instantes, extraña fue su sorpresa al ver a Futuro cerca de él, en cubierta.

—¿Cómo, eres tú? ¿Pero no tienes miedo de exponerte así?

—Tranquilízate, nadie me ve.

—¿Estás seguro —dijo Guanamirú que comprendía ahora, de golpe, el sentido de los fluidos volcánicos sin tener que recurrir al pequeño léxico que se había preparado?

—Tan seguro como de que me llamo Futuro, respetable Juan Fernández y Guanamirú.

—Me has asustado. La menor imprudencia echaría a perder el fruto de cien semanas de paciencia. ¿Se podría saber qué es lo que te ha impulsado a abandonar nuestro camarote de lujo?

—He venido a tomar un poco de aire. Me imagino que tengo perfecto derecho.

—Es evidente que nada te impide ir y venir como

tú lo deseas, ya que yo sólo puedo verte. Pero, por piedad, sé prudente.

—Podrían caminar por encima de mí sin que se apercibieran de nada ni yo tampoco.

—¿Y qué cuentas de nuevo? ¿Piensas, verdaderamente, poder recuperar en París la importancia que tenías en Las Delicias, antes de aquella fatal jornada de las doscientas carretas?

—Estaré mucho mejor. Jamás me he sentido más ágil. Esta cura de inexistencia me hace un bien enorme. Ningún cuerpo me embaraza ahora. Siento en mí más fineza y más astucia que el aire de la primavera y estoy pronto para sucitar todas las maravillas. Mi lógica es fluida, aérea, y no ya a dosis macizas como la de los hombres.

—Quisiera preguntarte algo todavía. Excúsame si para ello no tengo derecho. Porque es difícil decirlo. ¿No tienes tú algún trato con los muertos, con todos esos blancos señores de debajo de la tierra? ¿No me arrastrarás antes de que llegue mi hora al reino serenísimo?

—¡Valiente ideal —dijo Futuro, y desapareció en una tufarada de menta y de glicinas, tanto más agradable cuanto que se hallaban a más de ochocientas millas marinas de todo jardín, aun del más modesto.

Al día siguiente, Guanamirú, saboreando al salir de la siesta un húmedo despertar de trópico, pensaba que las pasajeras eran hermosas y que los hombres se portaban muy mal a bordo. Y agregó, aparte, que le habría sido más agradable viajar solo con ellas.

Luego, sin necesidad de hacer ningún gesto, su espíritu, siempre solícito a su servicio, se asió a un pasajero, y lo tiró al mar, donde se sumergió en el más grande silencio. Después, en la extremidad opuesta del vapor, le tocó el turno a otro pasajero, sin la menor dificultad, como si se hubiese tratado de un diario del año pasado. Y otros fueron siguiéndolos también en las olas:

un agente viajero y sus muestras, un industrial con su fábrica en el bolsillo, un soltero y sus amores contrariados, un maestro de armas y su plastrón.

Los hombres de la tripulación y los oficiales de a-bordo fueron, por prudencia, conservados en sus puestos. Pero Guanamirú se desembarazó de un teniente segundo de enigmáticos y anchos ojos azules, que las mujeres del Sur miraban fijamente como si aguardasen algún milagro de ellos.

La mayor parte de los otros hombres no oponían sino sonrisas a los gestos del estanciero. Algunos le interrogaban con la mirada como para conocer las verdaderas razones de su actitud.

—Vamos, amigo mío, cuando es necesario, es necesario —respondía simplemente Guanamirú. Y, a veces, agregaba:

—¿Quiere usted un salvavidas? Es todo lo que puedo ofrecerle, pero le prevengo que el vapor no se detendrá. Las órdenes recibidas son formales.

Varios pasajeros llegaron hasta agradecerle al hombre del volcán el librarlos así del fardo vital y se volvían hacia él dorados de cortesía, mientras que tenían ya, a caballo sobre la borda, toda una larga pierna metida en la muerte.

Pero uno de ellos, Smith, cuya barba cúbica tallada como un tejo, había llamado particularmente la atención de Guanamirú, se resistió tan groseramente que éste se vio obligado a acabar pronto con él a puntapiés y trompadas.

El americano reemplazó a los pasajeros sacrificados por tres ciervas, una vaca normanda con su esquila, dos palmeras y un campo de trébol de cuatro hojas. Y puso también una fuente a causa de las ciervas.

Hizo crecer todo esto bajo su ojos sobre el puente; la hierba era tan dura, tan viviente, que era menester cortarla cada dos horas. Tarea de la que se encargó, sin

fatiga, una campesina que era blanca y tibia como un vaso de leche recién ordeñada.

La campana llamó a comer desbaratando las imágenes que a Guanamirú le había propuesto su cerebro y resucitaron todos los pasajeros. Estos volvieron a pasearse ostensiblemente, de "smoking", más decididos que nunca a vivir, a beber "cocktails", a comer carne, a mirar a las mujeres y a aprovecharse de ellas sin inquietarse por la hora. ¿Sus buenas fisonomías fingían ignorar lo que acaba de pasar tras de los bellos ojos negros del estanciero? Triste y sin apetito, éste se estiró sobre su "chaise-longue" y se durmió para escapar a toda esa gente cuya vitalidad espantable le daba mareo.

Pasaron dos días. Guanamirú los aprovechó para descubrir que, en pleno Océano, si el cielo continúa encima de los hombres, es porque vale más para todo el mundo que así sea. ¿Cómo se habrían podido resolver en el caso inverso las dificultades de la navegación, al menos, con los medios de que actualmente se dispone?

Una mañana, en el puente, el estanciero, apoyado en la borda, se preguntaba después de un buen rato si volvería la cabeza a la derecha. Se sentía mirado. ¿Cómo resistir a este imán? Era el hombre de la barba de tejo, que, encarado por Guanamirú, se interesó bruscamente por la forma de sus uñas, y se alejó. ¿Smith evitaba así, con cuidado, todo encuentro? Sus pies describían un fugaz arco de círculo, no respondía sino de muy lejos y oblicuamente a las preguntas que se le hacían. Todo en él parecía sospechoso, hasta el periódico que llevaba siempre en la mano, como si este signo debiera hacerlo conocer. ¿Por quién?

Con sus pupilas rayadas como carabinas, el hombre de la Pampa se aproximó a Smith, y vio que si se tra-

zaban dos rayas imaginarias, que fueran de los ojos de este hombre y su periódico, conducían éstas exactamente al título de un artículo: "O crimen da Avenida dos Patos".

Guanamirú se dejó hundir hasta el fondo de su imaginación, del cual no salió sino después de dos horas, durante las cuales guardó una absoluta inmovilidad para no contrariar ni las más pequeñas ondulaciones de su pensamiento. Súbitamente subió al puente pequeño y confió al capitán en el hueco velludo de su oreja de pabellón izado muy alto:

—Hay un criminal a bordo.

Rehusándose el capitán a hacer detener al pasajero, Guanamirú se entregó a una investigación personal respecto a posibles complicidades de Smith entre los pasajeros de popa. Nada resultó de esto, a no ser lo de la cala, donde una pareja de inmigrantes mal peinados había cometido el solo crimen de ejercer su libertinaje sobre bolsas de café y haber roto una de éstas bajo el peso de su doble voluptuosidad.

Guanamirú se echó entonces sobre si la responsabilidad de penetrar de improviso en el camarote de Smith con el "maître d'hotel" y dos mozos armados de servilletas. Lo encontró lavándose ingenuamente los dientes como si contase vivir aún largos días. A una seña de Guanamirú, los mozos, apoderáronse de él, que conservaba todavía el cepillo en la mano derecha y dejaba escapar de la izquierda un vaso que contenía un agua rosada, que por el olor se reconoció ser un agua dentífrica.

Fácil le fue al jefe de la expedición demostrar a sus auxiliares que el hombre del cepillo poseía bajo un falso nombre una falsa barba y, bajo esta falsa barba, un verdadero mentón de criminal, mentón que buscaba escaparse por la escotadura de un cuello postizo, demasiado evasivo para ser el de un hombre honrado.

Una mano todavía adornada de sortijas se halló en

la valija de su camarote. Smith pretendió que se trataba de una mano de repuesto. Temiendo un accidente siempre posible, no viajaba jamás sin ella. Pero como se le objetase que era ésta una mano de mujer en un estado tan delicado de putrefacción que no podría serle útil para nada, el sospechoso declaró haberla encontrado sobre un banco de la avenida Dos Patos, en Río Grande, y haberla recogido caritativamente con la esperanza de poder devolverla algún día a su verdadero propietario. En cuanto a las sortijas que la adornaban, se debía ver joyas de familia, de la familia suya.

Las tenía de su madre o de su hermana. No se acordaba muy bien.

Habiendo parecido contradictorias estas explicaciones, cuando no embarazosas, Smith fue conducido al camarote del capitán, donde acabó por confesar que él había asesinado a esa mujer porque no había querido concederle su mano.

Dos marineros condujeron a Smith al calabozo. Guanamirú lo siguió y el prisionero, autorizado a decir una palabra, suspiró:

—¡Cuidado con el volcán!

Y cayó rígido, muerto.

Extraordinariamente emocionado por estos acontecimientos, Guanamirú entró en su camarote donde se proponía reflexionar en la fresca soledad de las sábanas. ¿Cómo había conocido Smith la existencia del volcán? ¿De dónde provenía esta indiscreción? ¿Desconfiaría Futuro de que Smith lo supiese y de que Guanamirú sabía que el asesino sospechaba algo?

Había comenzado ya a desnudarse, cuando:

—¿Y tú te dispones a acostarte? —dijo irónicamente el volcán—. Pero la jornada no está concluida, perezoso:

"Grita en la proa: ¿Quién vive?
Hallarás carne que vive".

Sin prestar atención siquiera a que por la primera vez, esta comunicación del volcán estaba redactada, si así se puede decir, en verso, Guanamirú, vestido de un pijama color alpiste donde picoteaban canarios, y llevando en la mano un chaleco de seda pradera con margaritas silvestres, se precipitó en la noche y atravesó sin hacerse daño la música y las conversaciones que se disputaban el predominio aéreo sobre el puente.

Seguido de un médico de abordo, el cual no se sabía muy claro por qué, pensó que sus servicios podrían hacer falta, Guanamirú descendió hacia la proa del vapor donde algunos emigrantes, que no habían comido más que miserables guisantes, tocaban humildemente el acordeón.

Apenas hubo llegado sobre la proa, Guanamirú gritó: "¿Quién vive?".

Una voz quejumbrosa de mujer, que parecía venir del estrave, pedía socorro en un correcto inglés.

Guanamirú, inclinado sobre la borda, distinguió un ser que parecía absolutamente negro en la noche y que, montado a horcajadas sobre la arista de la proa, con un sobrenatural esfuerzo de cintura, había intentado cambiar la dirección del vapor para hacerlo chocar contra el escollo 327 k, conocido por todos los marinos que navegaban por estos parajes.

La duda no era ya posible. Se trataba de una sirena negra como aún se ven en la costa del Africa a la altura del Ecuador.

Cuando el capitán hubo dirigido hacia la proa las luces de un proyector, se pudo ver que la sirena, más que negra, era de tipo nocturno. Por no ser blanca, no atraía menos el deseo de los hombres. Ella oponía a las miradas sus párpados caídos y el deslizamiento de las aguas profundas.

Su único vestido consistía en un collar de pequeñas

ostras cerradas, de donde goteaba todavía un poco de agua marina y desconsolada.

Con un portavoz, Guanamirú anunció por tres veces:

—¡De buena nos hemos escapado! La mujer que tenemos delante de nosotros es una sirena. Tomó tiempo para respirar y luego gritó por el tubo metálico:

—¡Pero es todo el problema de la mitología que se nos plantea!

La emoción cortaba sus palabras en partes desiguales, en tanto que la sirena reclamaba una salida de baño.

El comisario y el "maître d'hotel" fueron encargados de envolverla todavía goteante en una tela velluda como un zuavo. A toda prisa, la joven fue conducida al puente chico. Fue preciso atravesar la cubierta de donde todas las mujeres, aun las más feas, habían desaparecido, como si hubieran temido el lazo tendido a su feminidad. Pero se podía verlas espiar curiosamente tras el cristal de las ventanillas.

A Guanamirú se le autorizó a asistir al interrogatorio.

—¿Hay, pues, todavía sirenas? —dijo el hombre del volcán—, cuyo asombro crecía mientras el capitán miraba su reloj de chimenea para saber cuándo moriría la señorita marina que no podía vivir sino dos horas fuera del agua salada.

—¡Pero sí infestan adorablemente el mar entero! —dijo el capitán por galantería—. ¿No lo sabía usted? Es sin duda su primer viaje. Todos los navegantes las han visto, pero no se habla de ellas por miedo supersticioso, o bien, se les da nombres que ocultan su personalidad. Y es así cómo durante la guerra se les llamaba minas submarinas, torpedos, atrocidades, deflagraciones espontáneas. ¿Qué se hizo la Marino-Marina, la sirena que nos hizo tanto daño entre 1914 y 1918?

—Está muy bien, creo —dijo la joven del Océano—. Hace mucho tiempo que no la he visto.

Y la sirena, de nocturna que era, se fue haciendo

cerúlea. El capitán y Guanamirú fingieron no percibirlo, pero se les vio endurecerse un poco bajo la emoción.

—¿Sabe usted —dijo el capitán a Guanamirú, en una perfecta afectación de indiferencia—, por qué se dio este nombre a esa sirena? Quisiera oírselo decir a la señorita, por ver si su versión confirma la mía.

—Este nombre ha sido formado por las iniciales de los barcos que la Marino-Marina ha hecho zozobrar. En su origen no era sino un artificio nemotécnico de nuestros servicios de información. Poco a poco se ha establecido el uso de llamarnos de este modo; varias han logrado llevar otros nombres lindísimos. Tenemos las sirenas Azurina, Coronel, Zorra, Plaza de la Opera... Pero todas no han podido escoger con toda felicidad: una sirena que quería llamarse Nueva Julia, debió tomar el nombre de Nueva Julip, el último barco que sumergió, fue, a causa de un error de información, el mercante griego Patris, cuando ella creía que era el carbonero inglés Eagle.

—Es exacto —dijo el capitán—. ¿Y usted, qué nombre tiene?

—Yo soy la sirena 895 de la flotilla pequeña g.

—Es gracioso. Pero usted merece mucho más.

—Es que aún no he podido hundir navíos...

—Usted lo dice.

—Lo juro.

Y la sirena, de cerúlea que era, se volvió azafrán.

—Capitán —dijo Guanamirú—, le pido perdón. Pero mi observación me parece que tiene interés. Se me había enseñado que el cuerpo de las sirenas terminaba en una cola de pescado vivo. Esto me parece que no lo demuestra la señorita.

—Sí, se dice eso —interumpió la sirena—. Pero ¿qué pareceríamos ahora con una cola escamosa? Hoy no la llevan más que algunas viejas que viven enterradas en el fondo de nuestras aldeas más lejanas.

—Tiene usted razón —dijo Guanamirú—, el deber de cada uno es el de evolucionar de acuerdo con sus medios.

—A condición que lo permita el Código Marítimo — dijo el capitán con una voz que quería hacer muy seca, pero que la presencia de la mujer ablandó singularmente.

—Entonces, ¿usted tiene verdaderas piernas, señorita...? —agregó Guanamirú con la voz un poco velada.

—Nosotros tenemos lo que tenemos —dijo la sirena con una discreción submarina, mientras se ceñía la salida de baño contra su cuerpo.

—Pero, permítame preguntarle una cosa, ¿por qué al salir del mar sus cabellos no estaban ni siquiera mojados?

—Nuestros cabellos tienen el don de estar siempre secos, lo mismo que nuestros pies, aun cuando nos sumerjamos a muchos miles de metros. Es una cuestión de hábito. Piense un momento en los fastidios que tendríamos si las cosas fueran de otra manera. Pues nos pasaríamos lo mejor de nuestra vida en debatirnos entre resfriados y varios ensayos de un peinado conveniente, mientras que con los pies y los cabellos secos, se puede ir lejos.

El capitán pensó que había llegado el momento de los cocktails, luego el de la ginebra y el del whisky. La joven bebía bastante. Y pidió permiso para agregar una cucharadita de sal en las copas servidas. Parecía que a esto le daba suma importancia. Todos sus movimientos, ricos en nobleza de grandes profundidades, dejaban un rumor de concha marina en el oído aventurero de los dos hombres.

Sus silencios eran de una calidad tan preciosa que raras y fugitivas pedrerías los hacían resaltar sobre la mesa y las paredes del camarote. El capitán tomó la palabra, que estaba disponible desde hcía algunos deliciosos instantes.

—¿Qué tiene que decir en su defensa, señorita? ¿Usted sabe que lo arriesga todo?

La joven sonrió, y súbito el alma de los dos hombres tomó visiblemente la forma y el color de sus labios húmedos, de tal manera, que se sintieron turbados los tres.

—Parece que usted olvida que ha sido sorprendida en flagrante delito —agregó el capitán, después de un extraordinario esfuerzo que lo tornó carmesí. (En la zona amorosa cuyo centro era la sirena, se hacía, en efecto, casi imposible a un ser humano el hacer un reproche a una mujer). Yo estoy bien convencido que su cabellera como la de sus compañeras, está llena de ampollas de echa-a-pique navíos, que usted nos hubiera podido inyectar en la proa si no se le hubiera sorprendido en mala postura, con una pierna en el casco del vapor y la otra en la cadena del ancla.

La sirena descorchó un salvavidas y apoyándolo sobre la mesa hizo como si fuera a servirse de él a manera de timón de auxilio.

—Es encantador —dijo Guanamirú—, he aquí que usted dirige el vapor.

—Sí, ¿no es cierto? —añadió el capitán, vencido y transportado—. Encuentro eso simplemente exquisito y no he visto en mi larga vida de marino nada semejante. Cuando una sirena conduce al vapor, a bordo se produce una felicidad desordenada. Las nubes se refugian en el salón de fumar donde hacen muy apreciables estragos en los cerebros de los bebedores. Durante todo el día el cuadrante de la felicidad da las doce. Se hallan sobre el puente y el salón de música, flores de cerezos marinos y broches de coral. Caballeros de pantalón blanco las recogen con cuidado para ofrecerlas a mujeres jóvenes que se desnudan en el puente, con gestos naturales y sonrisas que, de etapa en etapa, alcanzan poco a poco todo el cuerpo.

Entretanto, la sirena maduraba un silencio que brillaba sobre sus dientes y sus labios, como la espuma marítima de la estela del vapor. Los hombres, no atreviéndose a tocarla, vigilaban sus manos. Temían al menor contacto perder pie y alma, y no volver a hallarlos sino en el fondo del Océano entre un alga y un pulpo.

Y de azafrán que era, la sirena, entonces, se volvió color naranja de Valencia... esmeralda del Cabo Verde... ópalo puro...

Cada vez que cambiaba de color, el capitán y Guanamirú le suplicaban:

—Se lo rogamos, señorita —quédese así— ¡está usted tan bien! No podría ser más bella.

—Es la misma perfección, aquella en que la parte de ángel y la del diablo, no se separan sino por un punteado.

Pero la sirena, se hizo poco a poco tan blanca, tan maravillosamente, tan naturalmente blanca, que parecía haberlo sido siempre.

Guanamirú y el capitán tuvieron que apoyarse largamente sobre la madera de la mesa para no caer de costado como palomas fulminadas.

Vaciada la botella de ginebra, la mujer submarina tomó una hoja de papel y se apresuró a dibujar con el estilógrafo del capitán un lenguado que escoltaban peces voladores. Enrolló el papel, lo metió en una botella vacía y pidió permiso para tirarlo al mar por el ojo de buey...

—¡Oh! Todo lo que usted quiera —dijo el capitán—. Usted está en su casa... Para que su madre, que seguía el vapor y debía estar ya inquieta, supiese que ella estaba en perfecta salud y no volvería a cenar aquella noche.

Después de la comida, como se sirvieran en ligeros cristales licores tan fuertes que parecían deber hacerlos estallar, Guanamirú notó que el semblante del capitán

expresaba una turbación cada vez más visible. Sus arrugas se habían ahondado el doble y sus ojos negros de ordinario parecían dos redondas manchas de tinta violeta recién secadas. Sabía que la joven no tenía ya más que cinco minutos de vida y que guardándola así con él, la conducía a la muerte. Lo que no ignoraba tampoco la sirena; pero ella no se inquietaba, ya que una de sus amigas le había dicho que bastaba tomar algunas cucharadas de sal para evitar la asfixia. Y gustaba más agotar el salero que escaparse por el ojo de buey abierto. No habiendo hasta entonces tratado sino ahogados, aquellos dos hombres de ojos abiertos y cuyos vestidos no estaban ni siquiera húmedos, la encantaban extrañamente. Regocijábase en el obscuro marítimo de su alma, de compartir con ellos la alegría que le debían.

Pero de pronto, vaciló, ahogada, y cayó con un poco de sal en la comisura de los labios, sin que el horror de la muerte se apareciera en su semblante. Y como su peinador se abriera con la caída, Guanamirú y el capitán se lo volvieron a poner con cuidado.

—¡Oh, está bien muerta! —dijo el capitán con la oreja sobre el corazón de la joven, que ya no era sino una rosa abandonada por su abeja.

—¿Y por qué no? —gritó Guanamirú, estallando en sollozos y no sabiendo ya muy bien lo que decía.

—No podemos guardar más aquí este cuerpo admirable. Los reglamentos de a bordo son formales. Es menester echarla al mar.

—De prisa —dijo Guanamirú, que no se atrevía a confesarse una gran esperanza.

—Tómela por los pies, yo tendré la cabeza. Que guarde el peinador (que lleva mis iniciales — pensó el capitán).

Castamente, la lanzaron por encima de la borda con toda clase de rugosas precauciones de cincuentones. El capitán, desnuda la cabeza, observaba un silencio de

marino en uniforme, y Guanamirú, semi-arrodillado, recitaba lo que hacía ya veinte años que no había hecho, un **Padre nuestro que estás en los cielos.**

Pero apenas la hubieron confiado a las olas, la sirena, bajo la caricia marina resucitó, y un brazo color de perlas fantasía, un poco más grande que lo natural, se alzaba con un gesto de adiós. Y sobre la ola iluminada por adentro, el capitán y Guanamirú leyeron la palabra **Gracias** en letras fosforescentes.

Era de un efecto bellísimo.

—Vive, vive —gritó Guanamirú.

—Somos criminales. Gracias a nosotros, esta mujer podrá hacer aún daño. Volvamos a mi camarote. Creo que queda ginebra.

Durante toda la noche, Guanamirú no pudo dormir.

Volvía a ver al asesino Smith y sus tres manos, a la sirena, al capitán, las botellas, y el peinador, ¡ay!, entreabierto.

Una alusión del volcán a los sucesos del día le parecía inminente. Pero éste guardó una indiferencia absoluta durante los días que siguieron y fue sólo cuando se gritó ¡tierra! a lo largo de las Canarias, que se puso a oler finamente los frutos de las islas.

Como el tiempo se nublaba, al acercarse el buque a las costas de Europa, Futuro propuso a Guanamirú jugar una partida de damas con las nubes blancas y negras que el cielo ponía a su disposición. Pero al instante en que Guanamirú o su adversario avanzaban un peón, producíanse fuertes aguaceros, lo que indisponía a los otros pasajeros, sobre todo a las señoras, y hacía lanzar a los niños carcajadas que se oían hasta en el cielo.

El hombre del Sur no podía olvidar a la sirena.

Inmediatamente, después de la palabra **Gracias**, ha-

bía creído ler sobre las olas, **Hasta pronto.** El capitán pretendía que esto era imposible y por ello discutieron largamente en la noche, fumando cigarros ante las cinco copitas en que ella había bebido.

Guanamirú pensaba haber leído bien. No obstante el faro de Cordouán brillaba ya y la joven del Océano no volvía.

Después de todo, es quizá una manera de hablar así entre las sirenas, pensaba el hombre del volcán. Ellas dicen hasta luego (como otros adiós), en tanto que ellas no piensan jamás volvernos a ver en este mundo ni en el otro.

V) PLAN DE PARIS

¡Alegría de haber llegado al fin a Francia, donde podría ponerse a prueba ante ochenta millones de ojos!

Durante su viaje en ferrocarril de Burdeos a París, el hombre de la Pampa, que se sentía rodeado por tres zonas repletas de orgullo, gritó varias veces, por la portezuela de su compartimiento, a los aldeanos reunidos alrededor de los campanarios:

—¡A la derecha, de a cuatro, en marcha! ¡Guanamirú ha llegado! ¡Síganlo! No hay más que bordear la vía férrea; derecho se va a París.

Apenas llegado al... hotel, Guanamirú volvió a dejarlo, para dar un paseo por la capital.

Se imaginaba avanzar bajo las miradas cortantes de los parisienses, y que hasta los ojos de los caballos detrás de sus tapaojos, los ojos de las cajeras detrás de su mostrador, los de los patronos detrás de las cajeras y el ojo único de Dios detrás de los patronos, lo contemplaban con curiosidad y examinaban su silueta para convencerse de su presencia.

Las casas lo examinaban con todas sus ventanas, los faroles de gas, como espectros de hierro con toda su rigidez y los árboles con mirada amplia y diluida sobre todo follaje.

—"Arboles de la floresta parisién siempre alertas y que me esperábais —les dijo en una especie de orden del día—, he aquí por fin a Juan Fernández y Guanamirú, de Las Delicias (América del Sur). Si estoy en París, sepan que es por importantes razones que interesan al subsuelo, la superficie y el cielo. Arboles, quisiera ordenarles reposo y permitirles el descanso que ustedes han merecido. Una vez que salga bien de mi empresa, les

será fácil, lo juro, volver a recuperar las florestas vecinas y permanecer ahí para siempre si las circunstancias lo permiten".

Si los árboles parecían animarse al paso del estanciero, los transeúntes, como pasa a menudo cuando se ve una ciudad por primera vez, le dejaban la impresión de simples maniquíes articulados, muy ágiles sobre sus piernas. Se imaginaba poder darles, sin que ellos tropezaran, bastonazos o golpes de paraguas. Y ejercitarse al tiro sobre esos blancos.

A los monumentos, tales como la Opera, el Arco de Triunfo o la Torre Eiffel, los consideraba más bien como reproducciones bastante fieles que como originales; pisapapeles monstruosos o gigantes tarjetas postales.

Fue solamente más tarde cuando estos monumentos tomaron sus verdaderas proporciones y profundidad, cuando subió Guanamirú al tercer piso de la Torre Eiffel, cuando vio la escena de la Opera sondeada en todos sentidos por las Walkirias y pasó, tras un guía, debajo del Arco del Triunfo.

En cada uno de los escaparates de los "magazines", reconocía con todos sus detalles diversas sucursales de su alma.

La vitrina de la florista: fragmentos frescos de la sensibilidad guanamiriana. Una inagotable virginidad. Pendiente sobre las flores una regadera de cristal, una mano de mujer va y viene, libre de brazo y de cuerpo, comprensiva, suave y refinada por vivir entre las flores.

Si alguien entra en la florería, le llueven al momento mismo de abrir la puerta, obsequios delicados: pétalos de rosa, si es una señora; claveles, si es un caballero; violetas confitadas, si es una niñita.

En el escaparate de tarjetas postales: grandes actrices aparecen como si recibieran allí en su casa. Y, no obstante, se está en medio de la calle. ¿Dónde estamos realmente? ¡Incertidumbre del amor!

Aquí un cuchillero: aceros de mirada fría, navajas graves y dispuestas a servir; si fueran hombres fruncirían las cejas. ¿Qué ha hecho esta muchacha rubia para guardar su sonrisa campestre entre todas estas posibilidades de atentados y de crímenes? También en un rincón se ven revólveres y cartuchos de destino aún desconocido. ¡Embriaguez de lo anónimo!

Y henos aquí, al fin, ante una carnicería. Una verdadera carnicería. Ya los cuchillos han dado utilidad. El crimen ha sido perpetrado. Guanamirú reconoce su propia complicidad. Se puede dar vueltas alrededor de la víctima decapitada. Para engañar clávase en la carne una placa de cobre: buey de primera calidad. Los carniceros están de pie como el remordimiento. No pueden ellos soportar más el espectáculo de su víctima y la venden con prisa a los transeúntes hambrientos para que no se hable más del asunto.

Y he aquí la absolución: se la dan al estanciero en esta barbería vaporizándole largamente la cara. Hacen desaparecer en seguida en el lavatorio toda huella del crimen, aun las mentales; de éstas el champoing se encarga.

Y luego lo mandan de nuevo a su casa, absolutamente puro, con polvo en las mejillas y sobre la nuca.

Guanamirú se dio a la búsqueda de una casa, ya que en el hotel con su trajín no le parecía lo más conveniente para profundizar sus investigaciones. Temía por lo demás que le robaran a Futuro.

No encontró al principio el extranjero departamentos absolutamente vacíos y todo lo que le propusieron fueron dos casas visitadas por almas que rechazó indignado, encontrando que ya daba bastante importancia en su vida a las cuestiones del más allá.

Su deseo de no habitar más que determinadas calles aumentaba sus dificultades de encontrar un alojamiento.

Apesadumbrado por no haber sido saludado a su llegada a la estación más que por un empleado de una agencia de viajes, que le cobró cinco francos por este gesto, pensó que, en razón de su misma obscuridad en la gran ciudad, debía habitar el bulevar Pasteur o la avenida Víctor Hugo, cuyos nombres ilustres le convenían sobremanera. Se decidió por esta avenida que le daba la extraordinaria suerte de poder vivir frente a la plaza Lamartine, lo que le hubiera duplicado su alegría si la vecindad de la salchichería Víctor Hugo y de la pastelería Lamartine, no se la hubieran deshecho en mil pedazos. ¿Cómo el presidente Millerand autorizaba tales sacrilegios? ¿Y si el cónsul de la República de Ipataí protestara en nombre de los pueblos latinos?

—¿Por qué no tengo una querida en este baño? —se dijo un día Guanamirú, que acababa de descubrir un segundo cuarto de baño en su gran departamento. Yo me ocuparía después de Futuro.

Sus pensamientos voluptuosos desde su llegada a París ¿no corrían sin vergüenza por las calles y los bulevares, donde había atraído le atención de varios vigilantes?

Dijo a un chófer que le condujese al barrio de Europa, que le habían recomendado. Por la calle de Londres pasó una joven cuyos ojos azules de agua corriente y soleada arrojaban en todos sentidos millares de miradas. Guanamirú recibió un doble choque en su corazón y en su memoria.

Se parecía a la sirena.

Saltó del auto y rápidamente se decidió:

—¿Le permite usted, señorita, a un sudamericano, de paso por París, hacerle notar que ya no llueve?

Tan sólo el paraguas pareció comprender, ya que se cerró inmediatamente con un rocío de lágrimas. Guanamirú dedujo que los objetos revelan a menudo más sensibilidad que las mujeres y se disponía a no proseguir su tentativa, cuando la desconocida, habiendo atravesado la plaza de Europa, se internó por la calle de Edimburgo, que un débil alumbrado transformaba en larga alcoba.

Cuando se disponía a esperar las alegrías lentas que hacían falta a su corazón tormentoso, la mujer entró rápidamente al número 49, cuya puerta de cristales se cerró tras ella, que no se volvió.

Se abrió luego una ventana del segundo piso en el momento en que él vacilaba sobre sus dos pies, uno de los cuales estaba en dirección de las Antillas y el otro de la melancolía. Una sombra vestida de gris dejó caer un rollo de papel e hizo seña a Guanamirú de que se alejara. Este objeto, al cual no acompañaba ningún mensaje, encerraba un mapa de la América del Sur revisado y embellecido con el cuidado más grande.

Todas las arrugas, verrugas y los menores defectos de la costa habían desaparecido.

Mejorada en esta forma, la América del Sur se presentaba muy bien sobre un fondo azul marino y representaba a lo sumo unos diez y ocho años. Vuelto ya a su casa, Guanamirú examinó el mapa de cerca y de lejos y descubrió que el Océano Atlántico llevaba allí el nombre de Océano Indico. Un geógrafo conocido, cuya ciencia no se podía poner en duda, firmaba abajo y esto convenció sin ningún esfuerzo al americano que era él quien se había equivocado hasta entonces.

Al otro día se dirigió de nuevo a la calle Edimburgo. Al cabo de algunos instantes la misma ventana de la víspera dejó caer otro papel. Era un mapa de Eu-

ropa, poco parecido al modelo en el conjunto, pero con el aire arrogante y respirando batalla. Se veían allí islas, cadenas de montañas absolutamente nuevas. En el conjunto una interesantísima preocupación de originalidad. Las dificultades presentadas por las cortaduras de la Bretaña y las puntas del Cortentín habían sido resueltas en dos largas curvas armoniosas que daban a Francia 300.000 nuevos habitantes demás, tomadas al mar 52.000 hectáreas de buena tierra, una docena de ciudades (entre las cuales un obispado) y cincuenta kilómetros de un cielo absolutamente nuevo, pero tan bien unido al antiguo, que no se notaba el enlace. El Sena no era más que un arroyo y se volcaba modestamente en el Loira. Y éste, en cambio, había sido reemplazado por el Marne, que desde la guerra pasaba por París en medio de las aclamaciones y terminaba soberbiamente en el mar del Norte, entre Dunkerque y Calais.

Lo mismo que en la víspera le hicieron seña a Guanamirú de alejarse rápidamente. Una vez en su casa, el extranjero miró de cerca el papel, lo colocó ante la lámpara eléctrica y leyó en la filigrana:

"Hasta mañana, a las cinco, delante de la estación de Chatelet del Metropolitano".

Guanamirú acudió a la cita al día siguiente. La mujer, que no le costó mucho esfuerzo reconocer, llevaba un traje muy acertadamente ilustrado de 89 manchas de color, como el que enseña la república francesa cuando pasa con su vestido de departamentos. Una cartera que llevaba en la mano izquierda, tenía un poco la forma de Córcega.

Habiéndolo llevado ella a un bar, Guanamirú pudo observarla allí a sus anchas. No era la sirena, pero se le parecía por momentos con cierta ostentación en que el americano creía ver promesas todavía mal definidas.

—Hace mucho tiempo que le conocía, señor Juan Fernández y Guanamirú.

—¿Y usted sabe mi nombre?

—Usted viene de Las Delicias, una ciudad que enseña todo el año tendida sobre sus seis playas un cielo azul agitado por el viento.

Después una pausa, en la cual Guanamirú distinguió muy bien una violeta doble finamente dibujada en cada una de las pupilas de Lina.

—Usted no tiene necesidad de contarme su historia —agregó ella—. No se habla más que de usted en las confiterías y en los ascensores; pero los parisienses fingen no conocerlo para dejarlo preparar en silencio lo que usted sabe.

—¿Es cierto? —dijo Guanamirú—, feliz hasta los huesos.

Y colocando la Córcega cerca de su "eggnog", la joven agregó en voz baja:

—Se venden sus retratos ocultamente, a tres francos cada uno.

—Ya me lo sospechaba —dijo Guanamirú, a quien el orgullo congestionaba—. ¿Pero podría saber a quién tengo el honor de hablar?

—A Lina del Alba. Acabo de volver de un doble viaje alrededor del mundo, del este al oeste en brazos de un poeta haitiano; luego, en sentido inverso, sobre las rodillas de un pintor escandinavo. Y esto es lo que me ha confundido las ideas como usted lo va a ver inmediatamente. A fuerza de mirar por la ventanilla de los trenes o el ojo de buey de los barcos, he creído durante mucho tiempo que las cosechas, florestas, montañas, casas, ciudades enteras, todo había perdido sus raíces y no las volverían a encontrar nunca más. Imagínese cuál no sería mi dolor cuando se me explicó un día que todo ese movimiento no era más que ilusión, que era preciso creer de nuevo bajo sus mil formas en el Inmueble, esa cosa grosera e indecente a causa de

su insistencia y de su presuntuosa estupidez. ¿No es el movimiento o la posibilidad de movimiento lo que da a las cosas espíritu y finura? ¿No es horrible pensar que todo quedará eternamente en el mismo sitio, desde las montañas hasta el mar, esa enorme masa inútil, inacabada, imbécilmente salada en todas partes, a la cual no se permite más que las mareas, fantasía prevista, vigilada por la luna, que sólo tolera las desviaciones que están en el almanaque?

Durante esta salida de la joven, Guanamirú pensaba:

—Si no es la sirena, ¿por qué se le parece hasta ese extremo?, ¿por qué tiene ese olor de alga y de profundidad? La mirada es la misma, y también la nariz, los labios y la garganta. Es parienta de la otra en misterio y femineidad. Tan lejos del mar, ¿irá a caer asfixiada en mis brazos con sus grandes ojos donde acabo de ver emigrar delfines? ¿Qué se pensaría de esto en este bar que huele a aserrín, puchos de cigarros y almas confinadas? Ella acaba de tener como la otra un gesto menudo de la mano para arreglarse tras de la oreja un mecha escapada. Semejanzas de los seres, exquisita solidaridad de los semblantes a través de los peligros del tiempo y del espacio, ¿hasta qué punto será preciso que lleguen para que sea único su objeto? ¿Y por qué esos dos vasos idénticos sobre esta chimenea no formarán jamás uno solo?

—¡Si yo pudiera al menos revolver los países como piezas de dominó! —agregó Lina, quien con ayuda de una brújula y de un lápiz acababa de intentar hacerlo sobre un rincón de la mesa. Llevar un poco la Patagonia hacia el norte, la Groenlandia hacia el oeste y dar a los polos una avenida de palmeras. ¿Es acaso admisible que después de mil siglos de adorable perseverancia de los ríos siempre comiencen en su fuente y se arrojen al mar, exactamente en el mismo punto, y que

sólo cambie el agua que los forma? ¡Componer nuevos paisajes! ¡Cuántas veces paseándome por la campaña no he pensado: qué bien estaría aquí una capa de agua! Se precisaría "el lago" de Lamartine.

—¡Perdón, señorita!, ¿sabe usted nadar? —preguntó de pronto Guanamirú, que no pudo contenerse por más tiempo.

Esta interrupción arrojó a la joven en tales transportes, que una pequeña víbora de coral irguióse fuera de su cuerpo, cuyo descote hasta entonces había sido compasivo; ardiente la lengua de dos puntas afiladísimas; el veneno listo al ataque.

Retrocedió bruscamente el americano:

—No es nada —dijo ella—. Una simple lección de cortesía. No tiene usted nada que temer. La serpiente ha vuelto a la floresta brasilera.

Mal repuesta de su cólera, mordía el pañuelo.

—Sería muy desgraciada si no tuviéramos el Metropolitano y el cine, porque ellos al menos comprenden a la hija del movimiento en que me he convertido.

Como Guanamirú confesó muy ingenuamente que no conocía el ferrocarril subterráneo, Lina propuso revelárselo. Precisamente se encontraban cerca de la estación Hotel de Ville, donde descendieron. Guanamirú estuvo a punto de decir a su chófer que los siguiese.

Helos allí el uno cerca de la otra en el vagón.

—Aproxímese al vidrio. Aplique encima la frente. Eso mismo. ¿Y bien? —preguntó ella con una curiosidad frenética.

—Yo no veo más que una floresta de muros, vergeles de cemento, un cielo de ingeniero, duro y vacío. Una angustiosa imposibilidad de sol, de inmuebles, de autobuses; encima de nuestras cabezas millares de lámparas eléctricas y ni un avión. Ni el menor eucaliptus delante

nuestro, ni un sarmiento de viña ni una brizna de hierba. ¡Angustiosa ausencia de vacas y de carneros!

—¿Y en las estaciones?

—Veo una báscula que mide la pesadez de la atmósfera. Letras enormes que terminarán por devorarnos. Todos los colores se han refugiado en los afiches donde se defienden con furor contra la monotonía laboriosa de diez mil panes de cerámica.

Grupos de gente con aire de movilizados, hombres y mujeres, en traje civil generalmente, se reúnen para comentar en voz baja y como que no lo hacen, la desaparición de la luz del día.

Refuerzos humanos descienden abrumados las escaleras y se juntan a los grupos estacionados. Todos esos grupos se ponen en línea sobre el andén como si fueran a ser revistados por el jefe de estación, feliz de vivir a la sombra de un gorro blanco que ha concluido por confundirlo con un árbol, tanta es la serenidad que le da.

—¿Y en el tren?

—No veo sino a usted.

—Mire bien.

—Veo además algunas lindas mujeres que han tomado su partido y parece que no deben abandonar nunca más el Metro. De pronto, una de ellas se levanta, desciende y no se oye hablar más de ella.

—¿Nada más?

—Señores que están sentados o parados, que esperan algo así como un cambio de régimen. No veo otra cosa.

—Es lastimoso tener la mirada tan corta —dijo Lina del Alba—. ¿No puede usted alargarla un poco? La mía va mucho más lejos y esas bóvedas subterráneas en vez de detenerla la estimulan maravillosamente. Ellas me permiten distinguir con exactitud lo complementario de este paisaje de genio tan pobre. El nombre de Palais Royal,

dado a esta estación, no es en realidad más que un lapsus del Consejo Municipal o más bien una denominación incompleta. En realidad, mi buen amigo, estamos en la frontera mejicana y se lo probaré en la primera ocasión.

—¡Cómo! —dijo Guanamirú, cuyas pestañas se incendiaban alrededor de las pupilas ardientes.

—¿No ve que el jefe de estación, haga lo que haga, es un indio crudísimo, que sus ojos no son franceses y que tiene el aire contrariado de los aztecas? Ha ocultado sus caballos y sus carabinas. Inclinado sobre el teléfono, ¿no está pidiendo refuerzos en lenguaje convencional? Todas esas flechas que usted toma tal vez ingenuamente por señales que permiten a los viajeros del Metro no perderse en ese laberinto, son verdaderas flechas de indio en pleno vuelo; acabarán por matar a alguien. Mire esta cosa magra y erizada que parece mirarnos y que usted toma sin duda, en su manía bien humana de simplificación, por un hombre que espera su ramal de Metro. Si usted se aproximara bien, vería que está cubierto de largas espinas y que tiene diez brazos. Es un fragmento de cactus gigante de los desiertos americanos. Está así desde hace cincuenta años mirando sin comprender con todo su espesor de planta densa. El seudo-perforador de billetes no es otro sino el jefe revolucionario. ¡Cuidado! que controla contraseñas. De cuando en cuando él arranca una pluma a invisibles avestruces que pasan y la fija a su sombrero en señal de confianza. Todo ese mundo, aunque vegetal, cuenta con una victoria próxima y decisiva.

—Usted me habla de Méjico —dijo Guanamirú—, como si estuviéramos siempre allí. El tren no ha cesado de avanzar desde que me enseñó al jefe de estación, han pasado tres estaciones y hemos cambiado una vez de vía.

—¡Qué importa, son estos los azares del camino en un país montañoso, todavía mal explotado!

—Yo quisiera ir al Japón.

—Al Japón no es fácil. Sería preciso cambiar treinta y dos veces de tren y atravesar el Sena doce veces. La compañía no puede dar ninguna indicación sobre la hora de llegada y habría que pasar por demasiadas estaciones. Después que hayamos dejado atrás tres estaciones o cuatro cuando más me será necesario descender y entrar en mi casa lo más rápidamente. Tengo también una madre.

En la cuarta estación, que el azar quiso que fuera la de las Coronas, la joven y Guanamirú volvieron a subir a las calles de París.

El auto del estanciero les esperaba desde hacía ya un buen rato. Esa misma noche Lina y su compañero se metieron en un cinema. Una vez que estuvieron sentados, ella gritó:

—¡No podíamos haber llegado en mejor momento! ¡Se trata precisamente de la continuación del episodio que hemos visto este mismo día en el Metropolitano! ¡Reconozco a Cuidado y sus hombres!

Entretanto, los mejicanos, habiendo pasado la frontera para arrear ganado, volvían apresuradamente la espalda al oir el alerta que se acababa de dar. Huían perseguidos por el "sheriff" sobre su alazán nocturno y cincuenta hombres en una nube de heroísmo; pero el demente andar de los americanos y la espesura de las tinieblas debían pronto extraviarlos. En lugar de volver a la derecha al salir de la ciudad de San Diego, lanzáronse vertiginosamente por encima de la orquesta sinfónica, en la sala del cinema. Numerosos caballos rodaron por tierra con sus jinetes en un trueno de metal, sillones, barbadas, frenos y espectadores. El "sheriff" ordenó: ¡A

reunirse! Perseguidos por él toda la tropa ganó el bulevar para volver otra vez a la pantalla por una puerta secreta que sólo servía para semejantes casos. Los aplauso de Lina y Guanamirú se mezclaron a los de las pocas personas que no se habían escapado. La caballería, mejor dirigida esta vez, consiguió con más suerte reanudar la persecución de los mejicanos que no tardaron en volver a pasar la frontera en el más grande desorden, abandonando sus heridos.

Sólo quedaba en la sala de todo este desfile caballgante, cuarenta y un sillones reducidos a pequeños montones de polvo, y aquí y allá algunas costillas rotas, así como una materia extraña que, después de un análisis, fue reconocida por estiércol metafísico. Enloquecido, el piano tocaba todas las marchas del repertorio. A media noche, no pudiendo poner término a su delirio mecánico, se decidió cerrarlo.

Lina y Guanamirú se hallaban aún en el cinema. Habían comido una caja de berlangots y una rosa de la cual la mujer no llevaba más que las espinas y el perfume en su blusa.

VI) NEGOCIOS DE FAMILIA O EL REVES DE UNA SOMBRA

Lina no fue el día siguiente a la cita. Para calmarse, el sudamericano se fue a dar una vuelta al bosque.

¿Por qué se sentó a la izquierda en su auto como si reservase la derecha para alguien? Se disponía a cambiar de lugar, cuando vio que una señora estaba allí, al lado suyo, y que le hacía un ligero saludo lleno de gentileza y de tropical distinción. Vestida de negro, tenía en la mano un rosario de "quince misterios". Su piel fina y morena, de origen español, sin ninguna arruga, decía un pasado entero, sin vacilaciones. Y, no obstante, revelaba unos cincuenta años. La edad le venía más bien del alma que del cuerpo, y se derramaba apaciblemente sobre su cara como el agua de un río que ha hecho ya mucho camino y que no está lejos de su término marítimo.

Esta vecindad turbó singularmente a Guanamirú, que no supo qué decir.

—Perdón, señora; temo mucho que se haya usted equivocado de automóvil.

—¿No me reconoces entonces, hermanito? —dijo ella con una voz casi marchita. (Y esto que lo dijo en francés, lo tradujo luego en español).

—No del todo, señora —repuso Guanamirú secamente y en francés. Estimaba que esta lengua mantenía más distancias entre la sudamericana y él, quien pensaba que el español las habría franqueado rápidamente.

—Yo soy la que tú hubieras sido si no hubieses nacido hombre. Soy tu hermana imposible. Te he seguido desde el día en que nuestro médico de familia dijo: "Es un varón". Y durante los segundos que precedieron a este veredicto, nuestras almas se preguntaron en un rincón cuál de las dos debería resolverse a no vivir sino como fantasma. Bastó sólo la sombra de una coma pa-

ra que tú no fueses yo. ¿Y qué haces tú en Francia, querido amigo, hermano mío? A cada uno su tierra natal. Vuelve a Las Delicias. Nuestro nombre de familia se ha esparcido allí en el lenguaje corriente tanto como las palabras cuero, lana, maíz, pancito, política, tranvía. Deja a estos franceses que te meten en las venas un fuego extraño y malsano. Sin salir de las calles centrales de Las Delicias, yo conozco trescientas muchachas de muy buenas familias que no piden otra cosa que adorarte en la frescura de sus patios. Te garantizo su pureza. Nosotros, los fantasmas, estamos siempre admirablemente informados. Nos mezclamos al silencio y a la luz tan bien como a las palabras y a las tinieblas. ¿Acaso no sabemos convertirnos hasta en la medalla de la Virgen en una garganta paciente?

Continuó después de un instante:

—¿Por qué no te casaste con Teresita López o con Faustina, cuya madre había alquilado el palco de la Opera al lado del tuyo? ¿O con Soledad Valdez, que tanto lo merecía, con sus grandes ojos de huérfana?

—Déjeme tranquilo, señora y querida alcahueta. Tengo necesidad de elegir por mi cuenta una parisiense para estos brazos salvajes donde galopa la sangre de la Pampa, una mujer que no haya visto nunca la Cruz del Sur y que no entienda el español. Que tenga el acento y la malicia circular de la Torre Eiffel. ¡Si me llena de cuernos, mejor!

—Ya te arrepentirás, hermanito. Y tan grande será tu sufrimiento, que lamentarás no ser como yo un pequeño fantasma modelado por la luna.

Por la tarde, Guanamirú, acostado, sintió al lado suyo el cuerpo de Lina del Alba. ¡Horror!, se había engañado. Era Juana Fernández y Guanamirú, la de los pies helados.

—No temas nada —le dijo ella—. Soy tu hermana y pura como el aire de las cumbres.

—¡Pero qué cosa más desagradable! ¡No me dejarás tranquilo, hermana inveterada! ¡No te irás al diablo con tus sentimientos familiares! ¿No ves que no hay sitio para los dos en esta cama estrecha?

—Pero si yo no hago nada. No digo nada. Velaré tu sueño.

Tenía una pequeña pelerina de lana rosa sobre la camisa de noche abotonada hasta arriba. Sus bigudines eran de azul estrellado de plata como si fuera a volar. Se podía leer sobre su escapulario: "Atrás, Satán, el corazón de Jesús y María están aquí".

—¡Vete, vete, vete! —gritó Guanamirú empuñando un revólver.

—Nada puedes contra mí, hace mucho tiempo que me has asesinado.

Se levantó derecha como una línea recta.

—Por allí está la puerta.

—¿Acaso tengo necesidad de puertas?

Fue hacia la pared, por donde altiva se filtró, sin mover ni siquiera una miniatura que en ella se encontraba colgada.

El hombre de la Pampa no podía privarse de la presencia de Lina a quien encontraba estirada y abanicándose bajo cada uno de sus pensamientos.

Sin embargo, la joven no quería entrar en la casa de Guanamirú. Llamaba, esperaba que la puerta se abriera, después no se atrevía a franquear el umbral.

—Volveré mañana, hoy tengo miedo —decía ella al estanciero— llamado apresuradamente por Innumerable, que hacía en esos momentos funciones de gaucho de cámara.

Con la idea de poder causarle miedo, las arrugas y los párpados de Guanamirú, las líneas de su nariz y de su boca se combinaban rápidamente con los signos de la voluptuosidad rechazada para formar una red de espanto. Provisto de una atroz sonrisa que andaba sobre su rostro, venciendo grandes obstáculos, siguió a Lina en la escalera, prometiéndole mil cabezas de ganado, y para más adelante, una renta de tres mil corderos si consentía en ser su amante. Pero ésta había descendido tan pronto como para poner entre el americano y ella cinco metros de vereda y un farol detrás del cual su voz apaciguante, decía:

—Mañana, amigo mío. Ahora ya llega mi tranvía.

Guanamirú entró en su casa resoplando como un toro despechado, terminando por encerrarse en un cuarto a obscuras "para desenvolver allí más cómodamente su pena", según decía.

Un día Lina consintió al fin en penetrar en el departamento del estanciero. Después de mil súplicas, éste consiguió que se sentara sobre su cama. Pero ella había tomado sus precauciones y apenas la hubo tocado un brazo, el brazo desapareció. Entonces le acarició la rodilla y en seguida la rodilla no fue más que la memoria de sí misma. Entretanto, el brazo había vuelto a su lugar pero no para el hombre de la Pampa, que tampoco esta vez pudo asirlo. Quiso besarle los labios y no encontró más que vacío como si fueran un dibujo de lápiz rojo en el aire. Como la pretendiera abrazar, Lina se tornó tan pálida —su alma tan pálida en la ropa clara— que desaparecía insensiblemente y bien pronto no fue más que el reverso de una sombra.

No pudiendo resignarse a este eclipse, buscó a la joven en la estancia, la encontró por último severamente acostada sobre la chimenea donde se había metamorfoseado en un desnudo de bronce, apoyando la mano derecha sobre una esfera terrestre que servía de reloj. To-

do el conjunto llevaba en el zócalo la leyenda: "Lina la Viajera", por Víctor Le Blond. H. C.

Sin poderse contener más, el hombre del Sur quiso romper el objeto de arte y la hora que se burlaban de él. Pero sus manos vacilaron en un abismo sin fondo como se ven los Andes a contraluz.

Una mezcla de perfumes finamente compuestos invadió la pieza; se distinguía entre ellos el jazmín de la España contemporánea, un olor de China del siglo XV (época de los Ming) y menudos perfumes pícaros y confidenciales que llegaban a la deriva desde la época de Luis XV.

Guanamirú se aniquiló en un sofá cereza-podrida, luego, se volvió bruscamente—. El volcán estaba detrás de él.

—No busques más a esta mujer —repetía a cortos intervalos.

El hombre cerró los ojos, se dejó descender hasta el fondo de su alma como a un pozo de mina. Sus manos y todos sus dedos tenían una pesadez y una inutilidad insoportables.

Hubo un largo silencio que el volcán adornó con guirnaldas de azahares.

—No busques más a esa mujer y olvídala. No es más que un adorable simulacro.

—¿Qué dices, vil calumniador? —dijo el sudamericano cuya cabeza daba vueltas, y los ojos en la cabeza y el horror en los ojos.

—La verdad — suspiró Futuro.

—¿Cuál verdad?

—. . . (silencio esférico del volcán).

—No lo aceptaré jamás... —dijo Guanamirú, bañado en lágrimas—. Tú llamas esto un simulacro; pero, entonces, ¿dónde están las mujeres, todas las mujeres de París? Yo no he visto más que ella, yo seguía los mo-

vimientos de su garganta ejercitándome para respirar al unísono.

—Imaginaciones de tu cerebro. El mapa de América del Sur en que el Océano Atlántico había sido reemplazado por el Océano Indico debió despertar tu sospecha...

—Estaba firmado por Schrader...

—Razón de más. Debiste pensar que era falso...

—¡Miseria! Me debes la vida y te aprovechas de ello para burlarte de mí (¿por qué no seguí a las sirenas del fondo del mar?).

—Pero esta sirena, amigo mío, si yo te dijera...

—Te prohibo bromear con el más caro de mis recuerdos, con el más raro objeto de mi vitrina sentimental.

—¿Quién cree todavía en las sirenas, en los asesinos inverosímiles, en las hermanas imposibles, en todos esos hijos de fantasmas que yo te ofrecía para no importunarte con una misma presencia? Todo eso venía de Futuro. Era la obra de tu obra. Pero yo estaba siempre allí aguardando mi turno tras el periódico de Smith, en el fondo de los ojos de la sirena y en la cartera de Lina, donde nunca has tenido la curiosidad de mirar.

—Entonces, ¿no tienes corazón?

—El corazón es un órgano perjudicial a la salud y que afortunadamente se atrofia día a día, por falta de uso. Pronto no se encontrará ya huella de él en los pechos humanos. Apenas si tiene más importancia que el ombligo. Como él, es un recuerdo de infancia.

—Pero, ¿qué te he hecho? ¿Por qué perseguirme así? ¿No soy un buen hombre, el hombre que se encuentra en la esquina de una calle y que se desea saludar por lo buen hombre que parece? Pero nada te bastará. ¿Quién eres, pues? —exclamó—. ¿Qué corriente desconocida te ha lanzado así a jugar con un rentista en el crepúsculo de la edad? Me haces dudar de todo. Siento

oscilar mi cerebro en el sentido de la longitud. Mi lengua va a salir de mi boca como la de los ahorcados.

—Todos los ahorcados ríen cuando se les mira bajo cierto ángulo. Pero su risa está adentro. No se la oye más que del lado de los muertos.

—¿Dónde estoy? ¿Lo que veo por la ventana será la Francia en Europa o es que no he abandonado mi país? ¿Lo que está allá cerca de la chimenea es verdaderamente mi pie derecho como se me ha enseñado en la escuela, o el izquierdo, o el diablo, o el buen Dios?

—Deja tus pies tranquilos. No hablas más que de ti. Y yo, ¿qué diré si te quejas? ¡Tú existes! Tú tienes un cuerpo a tu disposición mañana y tarde, y aun en la noche, cuando tú no haces nada de él en tu sueño profundo. Cada mañana despiertas con tus manos en ti, y tus riñones en ti, y tu vientre egoísta en el centro de ti mismo. Y yo no duermo nunca, no me despierto nunca, no tengo centro, ni corazón, como lo decías hace un instante, yo que no soy sino una idea desprendida de ti, inclinada sobre lo desconocido. Lo que tú rechazas me es una delicia. ¡Oh!, masticar un viejo mendrugo de pan. ¡Oir la canción de su corazón, alargar los brazos, coger, torcer, vivir! Te veo tomar medicamentos con repugnancia. ¡Cómo los gustaría yo! Me situaría en su itinerario a través de mi cuerpo.

—¡Mi pobre amigo! —dijo Guanamirú.

—En mi hastío, ni siquiera puedo matarme. Las balas y los venenos no me alcanzan. Me siento inaccesible.

—¿Cómo probarte mi amor, mi gran hermano, del otro lado de las tinieblas? Me gustaría tender los brazos, pero una noche feroz nos separa, poblada de cien mil perros que no dejan pasar a nadie.

El miedo de no haber prodigado cuidados a Futuro, taladraba al hombre del Sur. Durante tres semanas, se esforzó en testimoniarle la más minuciosa afección. ¿Pero cómo consolar la nada, una nada tan susceptible?

Guanamirú hizo en la ciudad largas exploraciones por el desierto de que su pensamiento la rodeaba. Avanzaba entre su tristeza y su mal humor que marchaban a su paso. A veces la una se retardaba un poco en el camino, después se daba prisa para volver a juntarse.
—Ya no sé más qué pensar de mi volcán, rumiaba él. Quiero que cuanto antes su erupción se realice, eso lo aliviará sin duda. Pero la autorización de la Prefectura de Policía no me ha sido aún concedida y no he recibido la respuesta de la Academia de Ciencias. Será quizá para esta tarde o para ayer por la tarde, o para mañana. He escrito, no obstante, a esos señores por carta certificada, que he traído un volcán de la América del Sur. Hasta aquí no se me ha respondido sino por sonrisas, sonrisas de cocodrilo. ¡Ah! ¡Sonrisa francesa, enemiga del hombre libre de la Pampa! Nadie me toma en serio en este París, donde comienzo a añorar al niño de ocho años, que un día, en Las Delicias, lanzó sobre mi caballo pío la cáscara de una sandía para hacer ver que él me había reconocido.

¿Envejecía el volcán o sufría alguna afección? Cuando Guanamirú volvió por la tarde, Futuro le dijo en un tono de amenaza y de reproche:

"Ahora nos toca a nosotros dos".

Su curiosidad se hacía a veces tan apremiante e inesperada, que despertaba a su vecino en medio de la noche, bajo una tempestad de preguntas absurdas.

—"¿Que había hecho Guanamirú el 25 de febrero del año pasado, y el 3 de marzo, y el 12 de julio? ¿Por qué has nacido en martes? El volcán desearía saberlo inmediatamente. ¿Acaba de llegar el correo de América?

¿Cuál es la actual población de la China? ¿Escribían ritmo con y? ¿Trajano o Heleogábalo? ¿Heleogábalo o Sardanápalo? ¿Has hecho bien en no responder a la invitación, no obstante ser tan amable, de ese sastre recién instalado que te pidió ir a ver sus telas nuevas? ¿Te decidirás al fin a mostrarme toda tu gratitud?".

Cuando Futuro le preguntaba, "¿Qué edad tienes?", Guanamirú, aunque estuviera bien de salud, debía responderle humildemente y muy ligero: "La edad del cáncer y de la arterioesclerosis". Si tenía la audacia de decirle simplemente: "Tengo cincuenta años", el monte se enfurruñaba y se ponía a oler la tierra de los muertos frescamente removida.

—¡Oh!, yo sé que tú no me amas ya —suspiró un día Futuro—, tú que ni siquiera me quieres dar un lugarcito en tu cama.

—Vamos, duerme.

—¿Es que yo se dormir?

—Haz la inmovilidad en tu pensamiento: el sueño vendrá luego.

—¿Qué llamas tú mi pensamiento?

Guanamirú no respondió.

Detestable le pareció el día en que había concebido el proyecto de construir la montaña humeante.

Desde el día siguiente, su resolución estuvo pronta: Intentaría ahogar a Futuro en el Sena. A la caída del día, espantado por este proyecto, Guanamirú propuso a su hijo espiritual hacerlo viajar, estimando que se podría así remediar la violencia de sus olores. Pero el pequeño monte, que parecía, no obstante, escuchar, no respondió, ya que había cesado de derramarse en el aire.

—Podríamos partir para Nápoles —dijo tímidamente Guanamirú—, donde te gustaría quizá ponerte en relación con uno de tus cofrades ilustres y sin duda de buen

criterio. Te hallarías seguramente cerca de él mejor que en París, donde careces de un ambiente favorable.

El volcán preguntó brutalmente a su interlocutor si se burlaba de él.

—¿Qué quieres que haga? ¡Habla! —insistió Guanamirú.

—Yo no pido nada a quien hace un instante quiso tirarme al Sena.

—Jamás he dicho yo eso.

—Lo has pensado.

—¡Ni mis pensamientos son ya míos! —suspiró Guanamirú.

En el alba, después de un haz de olores indefinibles, que evocaron en el alma del sudamericano innumerables verticales y horizontales, a las que al fin pudo incendiar con una gran llamarada de su espíritu, el propietario logró penosamente dormirse.

Pero su nariz veló toda la noche.

VII) LIBERTAD

A la mañana siguiente, el volcán había desaparecido, no dejando de sí en la valija vacía sino diversos olores que podían significar muy bien: "trata de encontrarme" o "no trates de encontrarme". Guanamirú no pudo discernir el sentido exacto, pero no le costó gran cosa persuadirse que la segunda versión era la buena.

—¡Al fin podré vivir como me plazca —pensó Guanamirú—, ver en el tiempo que pasa un amigo, un colega sonriente, o más bien un subalterno recién afeitado, y no un detective poliformo que espíe todos mis gestos, hasta los intelectuales, acechando la formación de mis ideas en lo más personal de mi cerebro!

En seis cafés distintos bebió seis ponches de ron, luego tomó seis vasos de licor en los mismos cafés; pero, empezando por aquel en donde había bebido la última copa y terminando donde había tomado la cuarta, o bien la segunda, o la tercera, nadie podría decirlo.

Para pasar la noche tranquila, se acostó con una bailarina, Miss Picadilly, que era célebre desde 1885, treinta y cuatro años antes de la construcción de su volcán, precaución que no le pareció excesiva y que confería al americano alegrías de orden diverso. ¿No formaban, acaso, los dos, cuando la tenía entre sus brazos, un solo ser de ciento diez años, suma que permitía a Guanamirú oir el cañón de Waterloo, visitar a Víctor Hugo y a los libertadores Bolívar y San Martín, raptar en 1840 a una joven vestida a la moda de Luis Felipe con un lindo traje de la época, comprar a vil precio, por el año 1820, la mitad de la América del Sur, tierras de porvenir?

Miss Picadilly se tornó en su cotidiana compañera. Desde entonces no la abandonó Guanamirú, ni aun en el escenario, donde se contrataba como maquinista para toda la velada.

Ocho días, quince días, tres semanas pasaron. Futuro no daba señales de vida, si es permitido hablar así de fantasmas. Guanamirú, acompañado de la bailarina, volvió por último, a su casa. Nada sospechoso y el mayor orden en los armarios; ningún mensaje en el aire.

El hombre no quería encontrarse ya solo en su departamento, le eran precisos, por lo menos, las piernas y el cuerpo de la bailarina, ya que no podía poseer su espíritu que se había ido con el diablo desde la infancia, en tal forma, que detrás de su frente estrecha no había ahora más que un pequeño vacío con una pequeña cruz expuesta al viento.

Un día, por último, trató de quedar solo cinco minutos; después, diez. Fue así progresivamente hasta lograr estar solo todo un medio día; luego suplicó a la bailarina que se quedara en su casa, engañándolo con otros toda la noche, mientras que él velaba en su "garçonnière". La noche transcurrió apacible como un río de llanura.

La bailarina no volvió a aparecer; el volcán, tampoco.

Una gran bondad mal disciplinada se apoderó de Guanamirú: todo le servía de pretexto para atestiguarla.

Si se sorprendía caminando por el Bosque de Boulogne sobre la sombra de un transeúnte, se excusaba profundamente y ofrecía a las damas un arrepentimiento bien envuelto entre una ola de cintas. A los hombres, una cartera-calendario-recuerdo-sorpresa; a los niños, un aro de madera de las islas, de los que llevaba una buena provisión en su auto.

En el deseo de hacer favores, dijo un día a un paseante: Discúlpeme, señor, preste atención, tiene usted la nariz un poco torcida.

Una noche en su balcón de la Avenida Víctor Hugo se sorprendió dando consejos de prudencia a los astros. Pero allá arriba le oían mal a causa de los tranvías, y esto lo desesperaba.

Todas las mañanas se le veía llegar a la orilla del Sena seguido de un criado, que llevaba una canasta llena de peces de agua dulce que reposaban sin placer sobre un lecho de berros. En una vasija, sostenida por Innumerable, nadaban pequeñas truchas. Todo esto se lo daban a los pescadores bajo las miradas húmedas de Guanamirú.

Aconteció que uno de aquellos hombres tomó la palabra:

—No vale la pena de tomarse tanto trabajo, señor, para traernos peces de agua dulce. El pescado de mar serviría lo mismo.

A la mañana siguiente, Guanamirú fue con lenguados, barbos, tajadas de salmón, restos de pollo y un juego de lotería.

El pescador, que había hablado ya una vez expresando su pensamiento, exclamó:

—Te has olvidado del vino, viejo. Felizmente, yo pienso en todo.

Estaba borracho.

Guanamirú se arrepintió de haber mostrado tanta delicadeza con ingratos. Convino en que la bondad no era sino el fruto fatigado de su debilidad.

—¡Sólo la maldad es aperitiva y reconstituyente! ¡Es necesario saber dar trabajo a sus semejantes!

Como ejercicio preparatorio, el hombre de la Pampa se inclinó fuera de la ventanilla de su 40 HP y le enseñó la lengua a un pobre ciego recostado en un farol.

Enardecido con este primer éxito, ocupó una parte del día siguiente (era un miércoles) en romper a talonazos el hielo del lado del Bosque de Boulogne, para que no se pudiera patinar el domingo próximo.

Pero tan pronto se cansó de la maldad como de sus intenciones caritativas. Y ahora se paseaba a pie con una pesada indiferencia, hermético su impermeable y ligeramente inclinado bajo la lluvia fina de sus incertidumbres. ¿Podía subir a su auto desde donde había sacado burlonamente la lengua a un ciego; al Metropolitano, donde había amado a una mujer que ya no existía; al autobús, donde no se está solo, y a los taxis, donde ningún chófer le había sido presentado?

Durante sus paseos por el campo tomaba a la naturaleza por una Exposición Vegetal perfectamente inútil, que se debiera haber cerrado hacía ya mucho tiempo. ¿Los árboles? Unos guardianes vergonzosos demasiado grandes para pasar desapercibidos, demasiado tontos para expresarse de un modo inteligible, demasiado altivos para pedir propinas.

En la calle o en la Legación de su país ya no reconocía como antes a la gente que veía.

Le eran indispensables algunas señales evocativas ahora.

—Este señor tiene el mentón largo y grueso en la base —se decía ante su interlocutor en lugar de escucharle. No lo olvidemos.

Veía un mentón de este modelo, y lo saludaba sin inquietarse de lo demás. Si le sucedía reconocer completamente a un amigo, no eran sino agasajos y cumplimientos en que su memoria desfalleciente agotaba fuerzas ilusorias.

En cuanto a sus compatriotas Pérez Sánchez, cinco hermanas que se parecían hasta en el paralelismo de sus

sueños, le era menester por lo menos tener a tres de ellas para reconocer a una sola.

Para jugarle una mala broma a la soledad, se ponía a veces frente al espejo de su armario y se afeaba con sadismo. Hacía subir su espeso mostacho hasta sus ojos que brillaban detrás y lejos, pequeñas linternas en el fondo de una floresta, frotaba sus sobrecejas en todos sentidos hasta provocar en ellas el pánico y echaba sus cabellos atrás, para descubrir su calvicie aterrada. Así desfigurado, penetraba en su salón y pensaba de pronto reconocerse en una espantable criada, de rasgos pe-ludos y divergentes, quien no había tenido jamás un mi-nuto para poner un poco de orden sobre su fisonomía a la desbandada.

VIII) ENGRANDECIMIENTOS. NUEVOS ENGRANDECIMIENTOS

Decidió comprar un perro que llamó Paraná.

—Al menos en él hallaré orden en las ideas.

Era un King Charles capaz de contener en su mirada atónita la ternura sin uso del mundo. En el ojo izquierdo del animal Guanamirú puso en depósito su melancolía y en el derecho su afición a las aventuras. Verdad es que el perro se volvió ciego y el americano tuvo que precederlo en el camino de la vida. Era él quien dos veces por día lo llevaba a la plaza Lamartine en donde Paraná tenía su reposo.

El mismo lo jabonaba, lavaba sus ojos con agua boricada y lo cepillaba inacabablemente. En su exilio, su amor por el perro le hacía poco a poco una pequeña patria.

La sombra, cada vez más sensible de Guanamirú, se hacía una y otra vez la silueta de pequeña palmera o de un elefante jugando con las volutas de su trompa o de una gacela de cuernos exquisitos, o de una boa suspendida a medias del ramaje de un guayabo.

Para olvidarse de la desgracia, dormía mucho, gastaba poco, hasta redujo la marcha de sus ideas, evitaba estornudar con ruido. En la calle no se le veía pasar sino sobre tacones de goma y con algodón en los oídos. Apenas si se oía su llamada cuando tocaba la campanilla. Y ya pensaba volver a Las Delicias en un camarote ordinario, lejos de las altas trompetas del lujo.

Esta vida sin inquietud lo hizo engordar, se prometió no caer en adelante en excesos de comida.

—Me contentaré con legumbres verdes, pálidas, y sopas de gallinas débilmente alimentadas bajo mis ojos.

Tomada esta resolución, el hombre se dirigió hacia

el espejo de su armario, como acostumbraba cuando tenía que dirigirse alguna comunicación.

Estupefacción de ver que había crecido.

—¿Crecido?

Pero no se crece a los cincuenta años. ¿Era una fábula que su cuerpo se contaba a sí mismo o un recuerdo de la Biblia, o una leyenda cansada que ensayaba volver a tomar formas después de siglos de vagancia aérea?

¿Bastaría, quizás, pensar en otra cosa, hacer intervenir el fonógrafo para que este grotesco crecimiento desapareciese de un solo golpe? Escuchó luego una marcha militar de su país, cuyo poder de aireación mental había experimentado en varias ocasiones.

Cuando se disponía a escucharla por segunda vez, sus manos, que hacían girar el disco en todos los sentidos, lo espantaron de tal manera que para olvidarlas pensó en sus pies. ¿Estaba aún sobre sus pies habituales? No hubiera sabido decirlo, pero veía claro que se los recubría un enorme par de zapatos absolutamente semejantes a aquellos que había visto un día en el escaparate de un zapatero de su país, y que llevaban esta leyenda:

—El par se ofrece gratuitamente a quien calce esta medida.

¿Donde iba así Juan Fernández y Guanamirú? ¿No veía él que no había nada de razonable en dirigirse de ese modo hacia el cielo raso, y si lo hubiera conseguido, qué probaría eso?

—Paciencia y humildad —se dijo el gigante, a pesar suyo. Quien sabe si este crecimiento súbito no me viene de mi inmodestia. ¿No me he creído siempre superior a todos los otros y más grande que ellos?

Comenzaba a experimentar turbación entre las cuatro paredes de su cuarto de dormir pintadas de cama-

feos y que, lentamente, en un silencio Luis XVI, habían tomado la ofensiva.

—Me hallaré mejor en el gran salón con las ventanas abiertas.

Le costó cierto trabajo pasar a esta pieza, pero allí se sintió más cómodo, aunque no supo dónde sentarse; los muebles en su estrechez y su fragilidad parecían desconfiar de él como de un navío en el que se acaba de izar muy alto la bandera de la fiebre amarilla.

Súbitamente, el hombre de la pradera, habiendo visto que todos los sillones le volvían simultáneamente la espalda, soltó grandes risas negras cuya resonancia le hicieron tragarse de un golpe su alegría.

—¿No he pasado toda la mañana sin tomar aire? ¿Por qué permanecer aquí, como un muerto, contando mis huesos?

Guanamirú en su casa, tenía al menos espejos para vigilar su engrosamiento; fuera, no sabría cómo estaba.

—Tanto peor, no es el momento —pensó— de hacer anatomía comparada.

Para salir, abrió los dos batientes de la puerta, que daban sobre la escalera, por la cual descendió de tres en tres escalones, como jugando, si es que aquello podía ser jugar. Paraná lo seguía: de tiempo en tiempo se frotaba al pantalón de su amo para asegurarse de su identidad y husmear sus intenciones.

La Avenida no estaba alumbrada sino por un sol de invierno evasivo, que tras de su piel de algodón, evitaba mezclarse con los asuntos humanos.

La anchura de la vereda tranquilizó a Guanamirú: un bello margen para el porvenir y reservas de espacio que prometió no usar sino con parsimonia. Su estatura no era aún, por lo demás, sino la de un farol.

—¡AUN! ¡POR LO DEMAS! ¿Por qué he pensado yo en estas palabras?

¿No es ridículo especular así sobre una desgracia de la cual yo seré el primero y el último en soportar las consecuencias?

¡Ah! si él hubiera podido apuñalar el porvenir, ver "lo que tenía en el vientre".

—Me dirijo entretanto hacia La Estrella mirando delante de mí, a la altura de un entresuelo.

Llegado ante el Arco del Triunfo, prefirió no aventurarse a pasar por abajo. Los Campos Elíseos lo atrajeron. Al pasar frente a un espejo, notó que no se veía en él sino apenas un cuarto de su persona (quizá una quinta parte), pero estos fragmentos llenaban tan violentamente el espejo, que éste, sorprendido, estalló en pedazos... Y esto mismo fue sucediendo mientras duró su paso ante los escaparates, los vidrios de los autos y aun los cristales de los relojes-pulseras.

Prosiguió su paseo.

—Reconozco que me sería fácil, para procurarme una diversión, apoderarme de algunas plantas de ese balcón. Pero yo desecho esta idea como inútilmente delictuosa. ¿Para qué podrían serme útiles esos débiles vegetales?

En el ángulo de la calle de Berri, cuando su cabeza se halló a la altura de un quinto piso, y ya llegó a distinguir, sin ponerse en la punta de los pies, lo que pasaba en los cuartos de las sirvientas, Guanamirú empezó a sufrir de una especie de fobia celeste, agravada por un ligero picoteo estelar que exasperaba su cuero cabelludo, al través del sombrero.

Sus pies se hallaban ahora tan lejos de su cabeza, que las comunicaciones cerebrales no conseguían llegar sino con grandes retrasos, mientras que el interesado, marchando siempre con la frente en alto, hendía los acontecimientos fueran los que fueran.

—Lo que no obstante me tranquiliza es que no sien-

to dolor en ninguna parte, mi apetito está exactamente ordenado para mi corpulencia, y Paraná ha conservado su antigua estatura. Las diferentes partes de mi individuo parecen desarrollarse siguiendo un plan de conjunto que no me parece esencialmente irrazonable. Estoy satisfecho de mis nuevas pantorrillas, de mis costillas actuales. Todo funciona bien. Vería a una mujer con gusto. ¿No es también un motivo de satisfacción que mi ropa crezca al mismo tiempo que yo y que se aclimate instantáneamente a mis nuevas formas?

Hasta su pañuelo de seda había sufrido el crecimiento general.

Ahora era una bella pieza que valía varios millones de francos.

Había hecho con eso un excelente negocio, el mejor de su vida. ¿No se hallaban sus iniciales en el mismo sitio habitual?, ¿qué más quería?

Pero era siempre con Juan Fernández y Guanamirú, hijo de Sebastián y de Lucía, con quien él tenía que hacer. Se acordaba de su infancia, de su juventud, de sus amores.

Hubiese deseado comunicarse con la Legación de su país para pedir de ella socorros o consejos. Entre compatriotas se comprende uno mejor.

¡Qué dulce le hubiera sido la voz un poco ronca del Ministro o aun la del primer Secretario, y hasta la del tercero!

Pero no le fue difícil a Guanamirú reconocer que aunque poseyera verdaderamente la altura y casi el volumen de un inmueble moderno de cinco pisos, le faltaba el teléfono.

Queriendo atraer la atención de un médico de servicio en cualquier parte, médico municipal o por lo menos médico de barrio, hacía de tiempo en tiempo disparos al aire con su revólver.

Por lo demás, era inútil toda demanda de socorro. Se le veía muy bien desde toda la extensión de la Avenida. Jamás ningún soberano había traído tanta gente en los balcones, en los árboles, o en las goteras donde tantos papanatas se subían para ver mejor las evoluciones guanamirianas.

En la explanada de los Campos Elíseos se apercibió de pronto de que apenas era más grande que un plátano.

Un árbol de la floresta parisiense, tenía poco más o menos dos pisos de altura, y él había alcanzado dos y medio, o quizá tres.

Feliz, no pudo contenerse para pedir un certificado de salud con una voz fuerte que se oyó en todo París, y cuya amplitud lo tonificó.

—¡Estado general excelente, corazón y piernas buenas, pulso desconocido! ¡Parezco dirigirme hacia mi antigua estatura!

Mientras acariciaba con el revés de la mano la cima de un castaño se hizo, como en un fluido descendente de ascensor, otra vez el Fernández y Guanamirú, que había siempre conocido con su metro y setenta y seis centímetros.

Se extravió entre la multitud, que lo buscaba aún a la altura de un segundo piso. Paraná fingió, por delicadeza, no apercibirse de nada. Pero le había salido en medio de la frente un tercer ojo que le permitía, sin levantar la cabeza, ver exactamente lo que le acontecía a su amo.

Y he aquí que Guanamirú no llevaba ya el mismo sombrero (se acordaba muy bien de haber salido con un sombrero flexible que había hecho cepillar delante de él a su camarero).

Se trataba ahora de un sombrero de paja fuera de uso que el estanciero había dado cinco años antes a un viejo gaucho de su estancia de Curupatita; lo reconocía bien en las líneas horizontales de su cinta roja, amarilla, roja, amarilla, roja, amarilla, etc.... hasta diez, y en el nombre del sombrero de Las Delicias.

—¿Qué se ha hecho mi sombrero flexible, del que no veo ya ni la menor traza?

Esta sustitución le pareció del peor augurio; sospechó un porvenir tanto más irrazonable cuanto se estaba en pleno invierno.

En un crecimiento desordenado, su cuerpo se sentía ahora presa de un verdadero pánico huesudo y celular, con bruscos pudores y desigualdades, de las cuales sus vestidos seguían muy mal el ritmo y aun a veces marchaban a contratiempo, de modo que ciertas partes de su individuo, y no las menores, estaban enteramente desnudas y otras cubiertas por una cascada zumbante de vestidos que llegaban hasta tierra y sobre los cuales no podía librarse de pisar.

A cada instante empeorábase tanto su estado que se tuvo que calificar a la fuerza de inactual, ya que, en su continuo devenir, su actualidad se había separado de él y lo seguía a algunos pasos, invisible, pero jadeante.

Su organismo emitía por las junturas una queja de carraca y proyectaba sobre los inmuebles de la Avenida una sombra o gráfico febril, de la que Guanamirú no podía desprender la mirada.

—¿Qué haría en mi lugar un parisién? Estas gentes tienen más fineza, nosotros no sabemos viajar todavía y todo nos derrota en nuestra simplicidad. Hagamos pronto afluir a mi corazón las reservas de energía desparramadas un poco por todas partes en este inmenso cuerpo.

Pero un halagüeño arribo de papeles entre su pu-

ño y su mano derecha mostró a Guanamirú que sus desgracias no habían aún acabado. Involuntario, pero encarnizado prestidigitador, se puso a engendrar millones de prospectos que tapizaron toda la Avenida y hasta se lanzaron por las calles transversales.

Se titulaban: "Un Señor de la Pampa".

Guanamirú contaba allí toda su historia y pedía a los transeúntes que no se molestasen con él por darse así en espectáculo.

—No tengo nada de exhibicionista y no quiero sino vivir de mis rentas que me llegan todos los meses de América, señores transeúntes. No ha sido mi intención turbar el tráfico. No soy un aventurero, sino un amigo de Francia, con todos sus papeles en regla, querido Señor Prefecto de Policía. Y no teniendo nada que reprocharme estoy dispuesto a recoger en mis diversas estancias a cien niños franceses necesitados, para hacer de ellos gauchos honorables, señor Presidente de la República. No carecerán de nada: en mi casa tengo buena leche y una farmacia de campaña, señores médicos.

P.S. — No hagan caso a este sombrero de paja. No es culpa mía. Me ha sido impuesto por la fatalidad.

Agotada al fin la fuente de los prospectos, fue remplazada ésta por un gran affiche como el que pasean los hombres-sandwiche, y que acababa de aparecer colocado con su marco sobre la espalda del extranjero.

El affiche reproducía integralmente los comentarios de los prospectos. Guanamirú lo llevaba dignamente. Alta la cabeza, en la actitud más militar que le era posible.

Un pincel luminoso, salido de su ojo izquierdo, se puso a proyectar sobre las nubes el pensamiento del americano. Decía:

—¿Por qué me miran ustedes así? Yo no he sido siempre gigante.

Otras reflexiones se imprimieron sucesivamente en el cielo:

—Tengan piedad de un hermano latino de América, que desciende la Avenida de los Campos Elíseos.

—No tengo nada que declarar.

—¿Quién me ayudará a llevar mi bagaje de carne humana?

—¿Por qué temer a la muerte? No hay más que no hacer nada... no hacer nada... Ella se encarga de todo.

—Doy un millón de pesos oro a quien me repatrie.

Y esto estaba como lo otro, firmado Juan Fernández y Guanamirú.

—¿Qué necesidad de firmar? ¿Para qué proyectar así, en pleno cielo, un certificado de mi desgracia? Voy a ser la burla del mundo entero. Esta noche mi indisposición será conocida hasta de los guaraníes. Calma, esto es lo que me suplico.

Y en pleno cielo leyó:

"¡Calma, esto es lo que me suplico!"

Luego:

"Felices los que tienen un lecho de muerte. Al alma le gusta estar cómoda en el momento de su partida. Morir caminando es muy desagradable. Se muere mal y atravesado".

A veces pensaba estar aplastado por el peso de su cabeza, o no tener de ella más que un recuerdo traslúcido: como un decapitado ambulante que se hubiese escapado de verdugos borrachos.

Se veía en descubierto, sucesivamente, como en los mapas anatómicos o en los reclamos de los drogueros: el cerebro, los pulmones, el corazón, el estómago, el hígado o los riñones de Guanamirú. De un color blanco eléctrico, en una espléndida unidad, su esqueleto escoltado de fumarolas, hizo una total aparición; avanzaba en su nobleza antigua con la seguridad y el apoyo de la eternidad.

Bajo la marea de las carnes reaparecidas, Guanamirú volvió a tomar valor y respiró fuertemente; un bienestar sospechoso se apoderó de él: la tierra y las estrellas le pertenecían, y las gastaba sin contar.

Sus ideas se pusieron a crecer en proporción a su cerebro. Sus virtudes exageradas, se hicieron vicios, y estos, llevados al extremo, sobrepasaban a veces sus fronteras para ir a hacer estragos y maldades en el dominio de las virtudes. Las ideas particulares se hacían generales. Algunos conceptos que dormían desde hacía años sin esperanza de despertar, recobraban de pronto una vida grotesca o violenta; otros, partían en carreras rápidas y se detenían sofocados, si así se puede decir, al fin de un trayecto mental, que sobre el plano de una pista de carreras a pie habrían equivalido, poco más o menos, a unos ciento diez metros de vallas. Porque había obstáculos.

El sentimiento de una castidad muy mal informada le daba a Guanamirú, entretanto, la vergüenza de mostrar su cara desnuda: se la cubrió en el acto con un faldón de su camisa rápidamente levantado.

No se acordaba solamente de su infancia sino de la infancia de su padre y aun de las de su bisabuelos, de quienes no se había acordado hasta entonces.

Y volvió a sentir las angustias de una memoria donde se hundía indefinidamente sin lograr tocar el fondo.

Sacudiéndolo de la cabeza a los pies, su buen sentido le llegaba por cortas ráfagas. Alternaba con una locura hecha bruscamente varias veces milenaria y que se manifestaba por todas las exclamaciones del dolor humano.

Los "Pheu", los "Opopo" de los griegos, los "Heu" de los latinos, los "¡Ay! de mí", los "Alás", los "Helás", los "Ah", los "Oh", las lamentaciones de los chinos, las quejas de los negros y las de los guaraníes, todas afluían

sobre sus labios ardientes desde el fondo de las edades y las lenguas humanas.

Oyó en él, salvajes, miles de gritos de pájaros: vuelos desconocidos le atravesaban el cuerpo, era como una pajarera de fuego que les impedía salir.

Súbito, se escapó de su chaleco un terutero blanco y negro que olía a chamusquina y que se fue a posar sobre un plátano de la Avenida de los Campos Elíseos. Otros pájaros ardientes se escaparon: cóndores, halcones, canarios, papagayos, ranfoselos. Le brotaban de los hombros, de las manos, de la cabeza, de los ojos y hasta de los zapatos. Le tocó el turno después a tropeles de vacas despavoridas y toros, que saltando del cuerpo de Guanamirú galopaban hacia la rue Royale.

Sus bastardos, montados en caballos de la Pampa, se mezclaban a los guardias municipales enfurecidos para echar al rebaño exótico a la calle de Rivoli. Las mujeres se desmayaban en medio de la calzada; dos muchachas boca abajo sobre la vereda, vomitaban en un sumidero. Impotente para restablecer el orden, un agente de la Policía se suicidó de un balazo en el corazón.

A punto de atravesar la plaza de la Concordia, Guanamirú se aseguró de que ningún auto lo amenazaba, evitó cuidadosamente un cochecito de mano tirado por un viejo, y no sabiendo ya cómo detenerse, le tiró al Obelisco un lazo del que se halló provisto de repente. La piedra de Egipto se transformó al instante en un ombú cuando comienza a florecer. Un azul vivísimo se mezclaba a los ramajes y densas raíces se dejaban ver. Pero apenas hubo cesado de avanzar, Guanamirú murió por explosión de megalomanía eruptiva, entre nubes de ceniza, azufre volcánico y una horrible lava, en el mismo momento en que saliendo de un rancho vecino, Innumerable se acercaba sin sorpresa a su encuentro con una fina sonrisa en los labios y el mate en la mano, fiel.

Del cráneo del extranjero habían brotado largos cohetes, de luces verdes, los de las ideas generales, y rojas, los de los deseos, y amarillas, los de los remordimientos, y anaranjadas, los de las costumbres (buenas o malas). Todos estos fuegos de artificio se armonizaban admirablemente en el cielo de París. Se encontraron varillas de los cohetes muy lejos del lugar de la explosión. Se descubrieron sobre los bordes del Zanleza, las huellas de una costumbre que tenía Guanamirú de cambiar a menudo de acera. Y esto pasó en la casa del viejo indígena de un villorrio donde no había por esto aceras ni existía la probabilidad de que las hubiese nunca.

En las casas de millares de gentes se encontraron su amor por los cigarros de lujo, por las mujeres jóvenes y lindas, por un mantel limpio, por un rosbif sangrante y por el "rocking-chair", después de las comidas.

El capitán de un barco de tres palos, que navegaba por el Pacífico, no lejos de Borneo, vio a poca altura, exactamente encima de su velero, dos manos que se estrechaban con emoción.

Eran las de Guanamirú que se volvían a encontrar después de un buen viaje en sentido opuesto, alrededor de la tierra. Estas manos no debían sobrevivir a sus efusiones; al instante cayeron, maravillosamente unidas, en el fondo del Océano que les fue fraternal.

INDICE

BOLSILIBROS ARCA

1. Benedetti, Mario: **El país de la cola de paja** (3ª edición)
2. Puppo, Julio C.: **Crónicas de El Hachero** (2ª edición)
3. Viana, avier de: **Con divisa blanca**
4. Suárez, Julio E.: **Comentarios internacionales de El Pulga** (2ª edición)
5. Benvenuto, Luis C.: **Breve historia del Uruguay**
6. Assunçao, Fernando O.: **El mate**
7. Amorim, Enrique: **Los mejores cuentos**
8. Onetti, Juan C.: **Para una tumba sin nombre** (2ª Ed.)
9. García, Serafín J.: **Los mejores cuentos**
10. Fernández Saldaña, J. M.: **Historias del viejo Montevideo (Tomo I)**
11. Arena, Domingo: **"Don Pepe" Batlle**
12. Onetti, Juan C.: **El pozo** (3ª edición)
13. De la Torre, Rodríguez, Sala: **Artigas: tierra y revolución**
14. Mónica: **Mónica** (2ª edición)
14. Vidart, Daniel: **Caballos y jinetes**
16. Amorim, Enrique: **Tangarupá**
17. Marmier, Xavier: **Buenos Aires y Montevideo en 1850**
18. Wettstein, Germán: **Nuestra tierra. I) El paisaje** (2ª Ed.)
19. Puppo, Julio C.: **Ese mundo del bajo** (2ª edición)
20. Damocles (Benedetti, Mario): **Mejor es meneallo**
21. Silva, Clara: **Aviso a la población**
22. Fernández Saldaña, J. M.: **Historias del viejo Montevideo** (Tomo II)
23. Suárez, Julio E.: **Diccionario del disparate** (2ª edición)
24. Campal, Esteban F.: **Hombres, tierras y ganados**
25. Ferrán, Antonio: **La mala vida en el 900**
26. Maggi, Carlos: **Cuentos de humoramor**
27. Benedetti, Mario: **Esta mañana y otros cuentos** (2ª Edi.
27. Benedetti, Mario: **Esta mañana y otros cuentos** (2ª Ed.)
28. Ayestarán, Lauro: **El folklore musical uruguayo**
29. de las Carreras, Roberto: **Psalmo a Venus Cavalieri**
30. Vilariño, Idea: **Tangos**
31. Traibel, José M.: **Breviario artiguista**
32. Faraone, Roque: **El Uruguay en que vivimos** (2ª Ed.)
33. Sclavo, Jorge: **Acto de humor**
34. Alonso y Trelles, José: **Paja brava**
35. Rivera, Fructuoso: **Cartas a Bernardina**
36. Galeano, Eduardo: **Su Majestad el fútbol**
37. Rappalini, César: **Aves del Uruguay**

38. Wettstein, Germán: **Nuestra tierra. II) Los hombres**
39. Pendle, George: **Uruguay**
40. Reyles, Carlos: **Cuentos completos**
41. Rosiello, Julio (Pangloss): **Con los lentes rotos**
42. Dotti, Víctor: **Los alambradores**
43. Pereda Valdés, Ildeonso: **Magos y curanderos**
44. Amorim, Enrique: **Horizontes y bocacalles**
45. Darwin, Charles: **Un naturalista en el Río de la Plata**
46. Conteris, Eyherabide, Galeano y otros: **Montevideo, gentes y lugares**
47. Pignataro, Jorge: **El teatro independiente uruguayo**
48. Gutiérrez, Carlos M. (GUT): **El agujero en la pared**
49. Ibarbourou, Juana de: **Los mejores poemas**
50. Arregui, Benedetti, Conteris y otros: **La otra mitad del amor**
51. Zorrilla de San Martín, Juan: **La Leyenda Patria**
52. Porta, Eliseo Salvador: **Intemperie**
53. Ayestarán, Lauro: **Teoría y práctica del folklore**
54. Conteris, Hiber: **El nadador**
55. Boutón, Jorge: **Bien campero**
56. Mónica: **Mónicas prontas de seguridad** (3ª edición)
57. Herrera, Luis Alberto de: **La tierra charrúa**
58. Lago Silva: **La última razón**
59. Bañales, Carlos y Jara, Enrique: **La rebelión estudiantil**
60. Bobadilla, Simplico (García, Serafín J.): **Los partes de Don Menchaca**
61. Gilio, María Ester: **Protagonistas y sobrevivientes**
62. Fernández Saldaña: **Latorre y su tiempo**
63. Supervielle, Jules: **Elhombre de la pampa**

Este volumen de la colección Bolsilibros Arca, fue impreso en los Talleres Gráficos de A. Monteverde y Cía. S. A. Treinta y Tres 1475, Montevideo, en el mes de mayo de 1969.
Comisión del Papel. Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.

Singular visión del mundo sudamericano ofrece el escritor franco-uruguayo Jules Supervielle, concentrándola en torno al poético e insólito Guanamirú que se construye un volcán, para deleite personal.

185 00